

Cuadernos TIERRA Y JUSTICIA NO. 6

LOS CAMPESINOS IMAGINADOS

CARLOS SALGADO ARAMÉNDEZ

*Economista,
Subdirector de Gestión de Planeta Paz*

El documento se benefició de las sugerencias, recomendaciones y comentarios de Rocío Rubio, Luis Fernando Escobar y Leopoldo Múnera.

ISBN 958-9262-22-8

© Carlos Salgado Araméndez

INTRODUCCIÓN

DETRÁS DE CADA RECETA

- ¿Qué imagina usted?
- En escena
- Imaginarios en capítulos

POLÍTICAS EN TORNO A LO CONFUSO

¿En qué consiste el problema?

- Propuestas desoídas
- Ecos de los imaginarios
- Un actor queda invisible

Lo campesino

EN LOS IMAGINARIOS TECNOCRÁTICOS

- Expresiones del imaginario tecnócrata
- Raíces de las representaciones
- El estigma del atraso
- Sobre el subdesarrollo
- Peligros en las interpretaciones

EL CAMPO EN LOS PLANES

- Dos planes, un imaginario
- Lo campesino, cada vez más borroso
- Samper: ¿quiénes, en qué lugar?
- Pastrana: campesinado incapaz y débil
- Capital humano y capital social: nuevas nociones
- Conceptos que no reconocen
- Así ha ocurrido por décadas

El programa DRI

LA IMAGEN DESEADA

- Falencias de la estrategia
- Límites de la estructura

ALGUNOS IMAGINARIOS DESDE LA ACADEMIA

- Los clásicos
- Descampesinistas
- Campesinistas y campesinólogos
- Enfoques de hoy

IMAGINARIOS SOBRE SÍ MISMOS

- Entre reforma y contrarreforma
- El Estado imaginado
- Otros espejos
- Fotografías de hoy

LOS IMAGINARIOS SIN JUSTICIA

Conclusiones

- Ojos de la nueva ruralidad

INTRODUCCIÓN

DETRÁS DE CADA RECETA

Un libro práctico de cocina tomado al azar [Mejía 1987] tiene 19 recetas de entradas y sopas, 34 de carnes, pollos y pescados, 14 de ensaladas y verduras y 15 de acompañamiento. Todas tienen dentro de sus componentes al menos un producto de los que se pueden estimar típicamente campesinos: maíz, trigo, cebada, arroz seco, ajonjolí, papa, plátano, yuca, ñame, cacao, café, tabaco, fique, frutas para consumo interno, hortalizas, panela¹. La provisión de alimentos campesinos es tal que cubre el 35% de la dieta diaria de la población colombiana [DANE, citado por Forero].

Probablemente este dato sea poco interesante o relevante en las decisiones alimentarias de algunos sectores de la sociedad. El mercado ha borrado la presencia directa del productor y las representaciones comerciales crean la ilusión de que el producto se origina en cualquier lugar del mundo. Hay una idea colectiva más o menos consciente acerca de que lo importante es la percepción del consumidor y que es indiferente quién genere el producto, como si él se elaborara *a sí mismo*.

¿QUÉ IMAGINA USTED?

Parece que ‘el hombre no es lo que come’, si juzgamos por el camino borroso que se traza entre el productor y el consumidor. En la mesa diaria se coloca al frente de cada persona de este país la historia de dinámicas sociales y productivas de gente con capacidades enormes y dramas terribles. Sin embargo, la sociedad vuelve invisible esa historia.

Una gran cantidad de circunstancias de la vida moderna ha llevado a que muchos sujetos sociales desaparezcan del escenario público como proveedores y partícipes de ella. La imagen que domina en buena parte de la sociedad es que el ritmo actual del desarrollo, con las necesidades que le son propias, puede desprenderse de quienes aparentemente no siguen el mismo ritmo. Se ha colocado un telón de fondo en el que se representa lo que se quiere ver, lo que los medios muestran, lo que las ideologías promueven.

Le propongo al lector que haga una breve pausa y piense, por unos minutos, qué idea tiene de un campesino, cómo se imagina a una campesina, en qué actitudes y roles, qué imagen se arma en la cabeza de sus acciones y su entorno.

Este documento se mueve en torno a una hipótesis: hacer visibles las ideas y las imágenes que algunos sectores de la sociedad han construido sobre el campesinado puede ayudar a identificar elementos claves que entraban el desarrollo democrático del campo y el rol del campesinado. En consecuencia, también puede ayudar a diseñar políticas que lo reconozcan como actor social y que redistribuyan recursos en su favor y en el de la paz.

EN ESCENA

Las ideas e imágenes mentales a que se hace referencia son *imaginarios*, representaciones conscientes e inconscientes, pensadas y elaboradas individual y colectivamente en torno a un otro(s) u otra(s) o sobre sí mismo(a). Esas representaciones se ponen en escena a través de imágenes, gestos, proyecciones de las personas y sujetos, discursos que constituyen teatralizaciones de las identidades del referido.

¹ La coca y la amapola también se consideran como productos típicamente campesinos.

En ese sentido, los ‘imaginarios’ son capitales simbólicos atesorados socialmente que ayudan a construir matrices de significado y marcos de referencia para la acción tanto de quienes los construyen como de los imaginados(as).

El documento tiene por objetivo mostrar que los imaginarios creados específicamente en torno al campesinado no toman en cuenta los intensos cambios del mundo rural y, por tanto, no construyen ni una imagen clara ni mucho menos un *concepto de sujeto social*. Más grave aún es que sobre la base de estas fallas se definen políticas y se asignan roles al campesinado. Así se hizo en el pasado y se hace en el presente y hacia el futuro.

IMAGINARIOS EN CAPÍTULOS

En este cuaderno se propone un diagnóstico de los imaginarios sobre el campesinado. Se centra en cinco temas que ayudan a entender cómo se ha construido el concepto general de *campesino*:

- La ubicación del problema de los imaginarios sobre lo campesino
- El imaginario propio de los planes de desarrollo gubernamentales, que son el eje de las políticas públicas y expresión del grupo tecnocrático que acompaña al gobierno. Para desarrollar este punto se hablará primero del imaginario tecnocrático y luego se abordará uno a uno el plan de los últimos cinco gobiernos: Betancur, Barco, Gaviria, Samper y Pastrana.
- En el contexto de esos imaginarios tecnocráticos, se hace una referencia al significado del Programa de Desarrollo Rural Integrado –DRI– como política específica.
- El imaginario expresado por algunas elaboraciones académicas y políticas.
- Los imaginarios propios de las organizaciones campesinas, leídos a través de sus pronunciamientos y de sus acciones de resistencia.

La pretensión de este cuaderno es explorar un tema que se estima útil para la discusión sobre las fallas de reconocimiento de un actor social clave para la resolución de los conflictos sociales y políticos del país. Más aún cuando a partir de estas fallas de reconocimiento se niegan sus derechos.

Lo imaginario,

o más precisamente, un imaginario, es un conjunto real y complejo de imágenes mentales, independientes de los criterios científicos de verdad y producidas en una sociedad a partir de herencias, creaciones y transferencias relativamente conscientes; conjunto que funciona de diversas maneras en una época determinada y que se transforma en una multiplicidad de ritmos. Conjunto de imágenes mentales que se sirve de producciones estéticas, literarias y morales, pero también políticas, científicas y otras, como de diferentes formas de memoria colectiva y de prácticas sociales para sobrevivir y ser transmitido [Escobar 2000, 113]

Escobar [2000, 113].

PRODUCTOS NUESTROS, PARA CUALQUIER RECETA

Ingredientes para preparar el *ragout* de ternera *niçoise*

- 4 libras de carne de ternera en cubitos
- ¼ de taza de aceite
- 1 cebolla cabezona picada
- 3 dientes de ajo picados
- ¼ cucharadita de romero
- ¼ cucharadita de tomillo
- 1 hoja de laurel
- 5 tomates pelados y picados
- 1 taza de vino blanco
- ½ taza de caldo de carne
- 12 cebollitas blancas encurtidas
- Sal y pimienta al gusto

1

POLÍTICAS en torno a lo CONFUSO **¿EN QUÉ CONSISTE EL PROBLEMA?**

Las discusiones sobre los procesos de paz en Colombia siempre tocan un punto relativo al desarrollo rural y a la reforma agraria. También ha sido usual que los planes gubernamentales de desarrollo se refieran al sector agropecuario y a programas específicos para el campesinado.

Pero, por increíble que parezca, en estas discusiones, planes y programas no hay un concepto claro sobre el campesinado que permita entender a qué tipo de sujeto social se refieren y, en consecuencia, poder estimar si las políticas definidas serán útiles para los propósitos enunciados. Esta carencia puede decirse de manera contraria: el hecho de que no haya un sujeto claramente definido puede ser una de las razones de que las políticas no hayan contribuido a solucionar los problemas del campo, en particular, los del campesinado. Este es el problema que interesa trabajar.

La discusión puede considerarse aún más amplia. Jesús Antonio Bejarano llegó a plantear que ni siquiera el concepto de lo rural es claro. Según él, al concepto lo guía una vieja visión a la que se le acomodan hechos nuevos, sobre la base de los esquemas clásicos de progreso que tienden hacia lo urbano y lo industrial. Pero, curiosamente, el concepto renovado que propuso Bejarano subordina lo rural a usos ambientales y urbanos y deja sin definir roles para los sujetos allí presentes, en particular, para el campesinado [Bejarano1998]. De ese modo, construye un concepto de lo rural sin sujetos.

PROPUESTAS DESOÍDAS

Hay documentos académicos que toman posición con respecto al rol del campesinado. Sin embargo, ellos no han logrado impactar, a primera vista, los programas de política. La Misión de Estudios del Sector Agropecuario [Ministerio de Agricultura y DNP 1990], como se verá más adelante, avanzó bastante en definir y caracterizar al campesinado y en establecer una visión sobre los procesos de diferenciación que le son propios. Sin embargo, los planes de desarrollo posteriores a la Misión, generados desde el mismo Departamento Nacional de Planeación, hicieron caso omiso a sus conclusiones en lo relativo al campesinado. ¿A qué obedece esto? ¿Por qué los esfuerzos analíticos no permean las definiciones de política? ¿Por qué se sostienen actitudes de este tipo?

Una primera respuesta es que a la hora de tomar posición frente a la problemática del desarrollo importan más las definiciones paradigmáticas que la propia realidad. Una extensión de esta respuesta es que los paradigmas implican compromisos con sectores específicos, bien porque la comprensión que se tiene genera mentalidades cerradas² o porque las alianzas políticas lo imponen. Un ejemplo de lo primero es la lógica que dice que el crecimiento económico es el motor del desarrollo, lógica amarrada a los procesos de industrialización, caso en el cual se discrimina lo rural. Ejemplo de lo segundo es el poder de los terratenientes y sus alianzas con élites urbanas y políticas. Este poder ha impuesto trabas al desarrollo institucional y al cumplimiento de los derechos del campesinado³, como ocurre en el escenario político del Congreso de la República.

² Las imágenes que componen los imaginarios están más del lado del pensamiento, pueden racionalizarse y cambiar. Las mentalidades están más definidas por actitudes mentales que se arraigan en las sensibilidades y resisten el cambio. Véase Escobar [2000].

³ La literatura al respecto es abundante. Baste citar para el primer caso la justificación teórica de los planes de desarrollo. Para el segundo caso, véase Legrand [1988] y Múnera [1997].

ECOS DE LOS IMAGINARIOS

Sea como sea, a juzgar por la permanencia de los conflictos, las herencias conceptuales y prácticas han generado unos imaginarios impactantes. Dicho de otro modo, esas herencias, que se traducen en formas de entender y representar a los actores sociales rurales, han generado visiones, conceptos, pensamientos, ideas e imágenes, incluso un lenguaje de referencia.

Desde esos imaginarios se proponen formas de vida y se ejercen formas de poder sobre el campesinado, como aquellas que lo empujan a colonizar para ampliar la frontera y distribuir la propiedad. Así se ve en los últimos planes de desarrollo o en la represión de sus protestas: la reforma agraria de Barco prohibió realizar acciones de reforma agraria en fincas invadidas [Quintero 1988], para garantizar la solidez de la institución de la propiedad privada.

También se crean ilusiones (otro tipo de imaginario). Se ilusionan quienes confían en el poder del Estado y de las políticas para transformar su situación o quienes esperan las respuestas de las organizaciones de oposición. De hecho, el campesinado ha formado un imaginario propio sobre el Estado que se puede leer a partir de sus protestas, cuando demanda de él como instancia central su acción para resolver aquello que es reivindicado [Salgado y Prada 2000]. También hay desconfianzas frente al Estado y a los actores que inciden en el campo, de las que se alimentan contrapoderes que van desde simplemente no hacer lo que las políticas recomiendan (una forma de resistencia campesina) [Huizer 1981], hasta promover alianzas más o menos conflictivas para acciones directas de protesta (una forma de representarse).

Los imaginarios generan además otros contrapoderes porque al ser producidos en la sociedad representan la tensión entre las distintas visiones del nosotros y el otro. La tensión se resuelve en el escenario público a favor de unos u otros según múltiples factores: la cultura política, el desarrollo de las agrupaciones políticas y sociales y a quién representen, la fuerza de los oponentes, los recursos por apropiarse y la técnica para transformarlos, la solidez de los paradigmas y sus promotores, el carácter de las élites y la consolidación del Estado y de sus instituciones como representantes de los intereses diversos.

UN ACTOR QUEDA INVISIBLE

En este juego, se invisibiliza al campesinado, es decir, no se le reconoce, al estimarse que no tiene la fuerza suficiente para representarse por sí mismo. Muchas tradiciones teóricas y políticas lo abandonaron. Pero han sido también muchos los argumentos esencialistas y míticos que quedaron en el limbo al no poder explicar la presencia campesina:

El hombre rural ha reaparecido, con nuevos problemas, en otra tradición teórica. Se perdió para una generación de marxistas que sólo pudo ver su sombra moviéndose inexorablemente por la pantalla de la historia, con su futuro ya escrito indeleblemente en lo que todavía estaba por escribir [Alavi 1976].

En muchas de estas corrientes teóricas y políticas, el haber centrado el análisis en la estructura social y el derivar de ella la opción política hizo perder la rica diferenciación interna del campesinado, base de su reproducción. Se buscó unificar a los sujetos en nociones genéricas como *clase*, *compañero*, *revolucionario*, *masa social*, buscando con ello construir una unidad política frente a los otros, a los que había que oponerse, desde una lectura de cómo estaba organizada la sociedad.

A la luz de un proyecto político

Bernardo Jaramillo, de la Unión Patriótica, brinda un excelente ejemplo de este tipo de concepción. Él decía:

Si tú tomas los documentos del X Congreso del Partido Comunista Colombiano, donde se planteó la combinación de todas las formas de lucha, donde se señaló con mucha fuerza la vigencia de la lucha armada en la vida política nacional, tú a la vez encuentras allí un análisis de un país eminentemente agrario, con un 60% ó 70% de habitantes en el campo. Hoy, 25 años después, es un país completamente diferente. Tenemos un país donde el 70% de la población es urbana, y sus concepciones, obviamente, son diferentes; sus necesidades y su lógica de pensar son diferentes. Entonces, la acción de masas se hace mucho más importante [Jaramillo 1989].

En este caso, los intereses del campesinado se ponen en función de un proyecto político, en función de conformar los “eslabones de una cadena para avanzar hacia esa situación revolucionaria”⁴, pero que invisibiliza al 30% de la población, la rural, al diluir sus intereses en la lógica de lo urbano. ¿Es correcta esta visión en términos políticos? Es probable, pero no lo es así desde las lógicas sociales y culturales que llaman a la formación de las identidades de los sujetos y de su rol en la política local.

Se entiende que la identidad es la fuente de sentido y experiencia construida por un actor a partir de atributos culturales y del entorno natural. Esa identidad está mediada por instituciones, circunstancias y recursos disponibles, que al ser interiorizados enriquecen el sentido o el objetivo de la acción. Por esta mediación, los actores tienen una pluralidad de identidades que generan tanto solidaridades y significados de lo propio, como contradicciones y tensiones en la acción social y en los roles o funciones desempeñados. En esta perspectiva de identidades construidas, lo básico es preguntarse cómo, desde dónde, por quiénes y para qué se construyen, razón por la cual no es suficiente diluirlas en otra identidad, la urbana.

Las identidades establecen una relación entre el *nosotros* y *los otros*, entre los iguales y los diferentes. Los imaginarios exponen estas relaciones como visiones de la sociedad a través del lenguaje y de los pensamientos, produciendo sistemas de representación que ligan la vida privada y colectiva a discursos que privilegian formas de subjetividad, de cultura, de consumo. Es el campesinado imaginado como subordinado de clase al proletariado o lo rural aplastado por lo urbano, sin opción de cambio. De esta manera, se construyen formas de poder (el proletariado, lo urbano) que producen prácticas para perpetuarse a partir de ciertas imágenes, de paradigmas universales, de acciones positivas y negativas, de la exclusión y la inclusión.

En este documento, más que evaluar la perspectiva política del movimiento político Unión Patriótica interesa observar sus concepciones sobre el campesinado. El enfoque de Bernardo Jaramillo diluye al sujeto social en el sujeto político, a lo rural en lo urbano. En el caso de entender la masa como bloque, no deja de ser interesante apreciar que mientras el campesinado se estimaba cercano a las 2.767.632 personas y los asalariados agrícolas, a las 1.095.521, los trabajadores de la industria eran sólo 584.827, los de la construcción, 988.440 y los del comercio, 930.781 empleados [Salgado y Prada 2000].

La decisión de la ‘vanguardia’ era entonces ideológica, de práctica y de actitud política, de una mentalidad basada en los supuestos de su superioridad en la comprensión de la dinámica social y en el carácter estático de la cultura campesina, móvil sólo bajo la tutela de sus superiores. ¿A dónde se lleva entonces la construcción de identidades campesinas? ¿Cómo operan los mecanismos de subordinación a lo obrero? ¿Cómo representar lo rural?

⁴ “Según mi opinión, en Colombia estamos en un proceso de acumulación de fuerzas. Todas estas acciones que van generando las masas, marchas campesinas, las tomas de tierras, la huelga de trabajadores, la movilización estudiantil van conformando eslabones de una cadena para avanzar hacia esa situación revolucionaria” [Jaramillo 1989, 65].

La cultura subordinada

En esta práctica política, en la que el campesinado queda subordinado a un determinado proyecto de sociedad, los valores culturales constitutivos de la identidad campesina resultan insuficientes para el nuevo proyecto, por lo que se proponía una identidad política relativa a valores propios de una realidad discursiva. La política contra la cultura, imagen bastante curiosa porque una identidad buscaba sustituir a la otra, en lugar de recrear la ampliación de dichas identidades sobre la experiencia de una y la oportunidad abierta por la otra.

Alfredo Molano refiere cómo para los colonos de zonas de incidencia guerrillera,

su apreciación política no va más allá de la demanda de una justicia que defienda sus intereses, que impida el despojo, que les permita acumular el producto de su trabajo [...]. Por esta razón, (la violencia y el despojo de que son objeto) los colonos aceptan, acatan y defienden a la guerrilla, porque para ellos la acción guerrillera es, simplemente, una acción justiciera. Nada más. No se trata del futuro que el programa ideológico de la guerrilla pueda ofrecer; para ellos, ese evangelio está fuera de su horizonte concreto [Molano 1984, 40].

La apreciación de Molano no es del todo justa. Indica que el colono está abierto a negociaciones culturales y políticas que amplían su marco de relaciones y sus apreciaciones de contexto y por consiguiente sus identidades pero a la vez, niega que él aprenda de esta experiencia, como si aceptara sin más la disposición de la guerrilla. Pero también indica que la guerrilla asume su identidad discursiva como singular y hegemónica.

Los grupos en armas generan procesos ideológico-políticos de homogeneización a través de sus acciones sociales. Regulan, median y controlan a partir de sus propios imaginarios políticos aquello que sería función del Estado [Barbosa 2001]. En el contexto del conflicto colombiano actual, ¿cómo interpretar entonces este tipo de negociaciones en las zonas donde actúan los grupos paramilitares?

Rasgos y esencias que se pierden

Desde la perspectiva de las propuestas teóricas propias del ámbito de definición de las políticas públicas también se juega a formar un tipo de identidad simple y singular. El imaginario del campesinado pobre y atrasado se enfrenta al del agente rural moderno y de espíritu empresarial, de modo que se opone la cultura campesina a la cultura moderna, la identidad campesina a la identidad occidental globalizada, como si la primera no fuera fruto de los procesos de desarrollo y como si la segunda hubiese borrado todos los ámbitos de la vida. Un imaginario contra otro y poco de procesos de construcción.

De esta manera, desde diversos ámbitos se toman decisiones sobre el sujeto campesino, decisiones apoyadas en ideas, imágenes, representaciones, es decir, apoyadas en imaginarios, que ejercen poderes que sitúan al campesinado en una posición de desventaja frente a la sociedad. ¿Sobre qué debieran dar cuenta estas representaciones?

Cabría esperar que se dibujen como mínimo los rasgos básicos del campesinado: sus procesos de modernización, la tenaz permanencia como sostén del sistema agroalimentario nacional, el tipo de recursos que controlan, las zonas en donde están presentes, los vínculos laborales en que se mueven, la diferenciación interna, el rol de jóvenes y mujeres, los actores con los que abren relaciones, las formas de acción política y los cambios sociales comunales, entre otros.

De no dibujarse estos rasgos, las políticas, acciones y discursos no estarán más que haciendo ejercicios sobre lo confuso.

2

LO CAMPESINO EN LOS IMAGINARIOS TECNOCRÁTICOS

Los planes gubernamentales son expresión del grupo tecnocrático que acompaña a cada gobierno. En los últimos cinco planes (de Betancur, de Barco, de Gaviria, de Samper y de Pastrana) hay un rasgo similar: ninguno de ellos desarrolla ni un solo concepto acerca de lo campesino. Ni uno solo que permita entender a qué y a quiénes se hace referencia cuando se definen políticas de promoción del bienestar campesino, o programas de desarrollo integral campesino o de desarrollo rural campesino.

Así sucede, pues las políticas están dirigidas a un alguien indiferenciado, pobre, excluido, que no accede a recursos, víctima de conflictos y que ha de ser redimido por los programas. ¿Es este el campesino típico del país?

Efectivamente, los planes de desarrollo, entendidos también como carta política gubernamental, no trabajan en lo más mínimo los rasgos básicos del campesinado, a pesar de tomar decisiones sobre su futuro y sobre el desarrollo rural. En lugar de conceptos claros, es común encontrar palabras que pretenden englobar lo campesino, que tienen significados complejos y que, sin embargo, tampoco se explican: comunidad, ciudadanía, lo rural, grupos más pobres, lo agrícola, usuarios.

Esas nociones ambiguas son a su vez componentes de conceptos más generales como capital humano y capital social. Son la base de programas como el Plan Nacional de Rehabilitación –PNR– y el DRI. Pero como no hay precisiones, se podría decir que los planes de desarrollo no tienen sujetos, pues un sujeto se caracteriza por el reconocimiento que se hace de su subjetividad y de su campo de acción [Castells 1996]. Por consiguiente, tampoco hay diferenciaciones internas, ni marcos de relaciones, ni análisis de alianzas, ni mundos de sentido para actor alguno. De esta manera, los conceptos generales terminan siendo abstracciones teóricas que no tienen eco más allá de los círculos de quienes se forman en ellas, pero sin permear las relaciones sociales.

En este capítulo se hablará en general del imaginario tecnocrático, con algunas menciones a los planes de gobierno. El siguiente abordará a profundidad cada uno de ellos.

EXPRESIONES DEL IMAGINARIO TECNÓCRATA

La forma en que las políticas públicas interpretan la realidad tiene varias manifestaciones críticas cuando se definen los planes: se dictan políticas homogéneas para mundos heterogéneos, se llama a la participación sin sujetos, se proponen alianzas estratégicas con desigualdades y desventajas de partida, se buscan la equidad y la justicia sin definir dónde se promueven la desigualdad y la injusticia, se sugieren acciones para actores no reconocidos y se propone redistribuir activos sin el consenso de la sociedad.

Pero quizá la manifestación más crítica es que tan sólo hasta el plan del gobierno de Pastrana (1998-2002) hubo un reconocimiento explícito del conflicto social y político del país como problema existente que incide en la vida nacional y sobre el que hay que actuar, independientemente de la forma como se interprete y se proponga solucionarlo. En los planes de Betancur (1982-1986) y Barco (1996-1990) el conflicto fue un enunciado para políticas y contextos específicos ligados a las “lejanas zonas de violencia” y a los colonos. En el plan de Gaviria (1990-1994), el conflicto simplemente no existió, y en el plan de Samper (1994-1998) hay una referencia que liga la pobreza campesina a la violencia.

¿De dónde provienen estos imaginarios que no reconocen los conflictos presentes? ¿Qué formas de poder promueven y qué mecanismos de exclusión generan?

RAÍCES DE LAS REPRESENTACIONES

La situación colombiana es especial en lo político y es increíble que no quepa en algunos marcos analíticos del desarrollo, tal y como parecen entenderlo en los ámbitos gubernamentales. Hay que reconocer que en lo económico, los planes de gobierno hacen eco de la visión propia de las teorías convencionales sobre el desarrollo y reproducen la imagen construida sobre el atraso y la pobreza en torno a lo rural campesino. Por tal razón, su gran obsesión es la modernización con sus requisitos de transferencia de tecnología, el acceso ilimitado a los recursos, el ingreso a la educación y los servicios públicos, como formas de erradicar la pobreza, la violencia y el atraso.

La producción teórica de las ciencias sociales en América Latina está cargada a un mismo tiempo de construcciones aproximadas a la realidad y de otras imaginadas, de unas que se nutren de las fuentes de la historia y de otras que se alimentan de la ficción. En la segunda mitad del siglo veinte se pasó dramáticamente de las interpretaciones de las limitaciones internas, a las de la dependencia, al liberalismo extremo y a la globalización, todas ellas visiones de la problemática del desarrollo.

Desde el punto de vista de la formulación de políticas públicas, los análisis hegemónicos se levantaron sobre las profundas diferencias entre dos grupos de países: aquellos con procesos históricos de crecimiento económico y consolidación de los Estados y de la sociedad (en términos de definición de ciudadanía) y aquellos países rezagados, con profundos problemas de consolidación social y política interna y niveles de vida menores.

En tres campos se pueden enmarcar las diferencias encontradas en los análisis mencionados: el progreso tecnológico, la consolidación de la democracia y el desarrollo de los mercados. En muchas perspectivas analíticas, estos tres campos definen la lógica de la modernidad [Heller 1996]. Por analogía, allí donde estos campos no presentaban niveles similares al de los países que se consolidaron modernamente se entendió que se vivía una situación de atraso. América Latina se situó, en términos generales, en este último campo. Por ello, las políticas para el desarrollo promovidas en los años cuarenta y cincuenta tendieron a nivelar la situación copiando la matriz de la modernidad, sin pensar las diferencias en las dotaciones de los recursos y en las construcciones sociales; para decirlo en términos de hoy día, entre los ecosistemas y las culturas. Eso fue así porque la lógica de la economía moderna supone que los recursos naturales y humanos son sustituibles por el capital y la técnica⁵.

EL ESTIGMA DEL ATRASO

La copia de la matriz de la modernidad construyó imaginarios de diferente orden, es decir, representaciones sobre la realidad definidas según los paradigmas, la posición de los actores en los órdenes sociales, según intereses, relaciones de poder, oportunidades, experiencias y marcos de referencia. De esa copia se han derivado las alianzas y conflictos que marcan en buena medida nuestra historia reciente, pues fue la base de la construcción de una mentalidad tecnocrática y urbana.

En el campo específico de la ciencia económica, las interpretaciones del subdesarrollo construyeron un imaginario basado en la dualidad entre lo moderno y lo atrasado. Lo moderno se ligó a la industrialización y al desarrollo de actitudes culturales propias de la civilización occidental. En contraposición, lo atrasado se leyó como las dinámicas productivas no ligadas ni a tecnologías de punta

⁵ La discusión de los economistas ecológicos es bastante amplia en este punto. Véase Daly y Cobb [1993].

ni a actividades de transformación que generaran valor agregado, y a unas supuestas actitudes culturales estáticas que no permitían construcciones institucionales modernas.

En tal esquema, lo relativo al mundo rural, en particular lo campesino, se inscribió dentro del concepto de lo atrasado. Una vez calificado así el mundo rural, comenzaron a hacerse invisibles los complejos caminos por los que el campesinado continuaba estando presente y haciendo parte integral del mundo rural, invisibilidad que tuvo expresión en las actitudes políticas relacionadas con los campesinos y, con mayor razón, con las campesinas.

SOBRE EL SUBDESARROLLO

Los autores que siguieron la secuencia del desarrollo pensado como progreso, crecimiento e industrialización pusieron el acento en el ingreso, el ahorro, la inversión y la tasa de crecimiento como variables que definen el nivel de desarrollo y la nómina de países. Ellos interpretaron el subdesarrollo en varias perspectivas:

- Lewis lo interpretó como una situación en la que hay un excedente generalizado de oferta de trabajo.
- Clark, como una estructura productiva escasamente diversificada.
- McClelland y Hagen, señalaron que el subdesarrollo se asocia a una población sin motivaciones ni valores para desarrollar iniciativas y alcanzar logros personales.
- Rosenstein-Rodan y Nurkse, lo relacionaron con mercados insuficientes derivados de la escasa productividad cuando falta capital.
- Hirschman lo refirió a la falta de capacidad para tomar decisiones de inversión aun cuando hay oportunidades y recursos.
- Nelson lo vinculó a tasas aceleradas de crecimiento demográfico con poco o ningún ahorro para acelerar la acumulación productiva [Agarwala y Singh 1973].

Estas discusiones caracterizaron en mayor o menor grado los enfoques dualistas, para los que las diferencias existentes entre países se trasladaban al interior de cada país: en cada uno se configuraban unos sectores modernos, eficientes e integrados al mercado, en oposición a unos atrasados, de baja productividad y caracterizados por mercados segmentados. En estos últimos estaban preferentemente los sectores rurales, en particular, el campesinado. Los incrementos de productividad se pusieron en función de los aumentos en la dotación de capital por hombre ocupado y la mayor acumulación se entendió como impulsada por el avance técnico⁶.

Estos enfoques generaron énfasis y políticas específicas (cuadro 1). Con ellas se mostraba el desarrollo como etapas históricas que exigían también una secuencia en el énfasis y en las políticas a seguir, similares a las vividas por los países desarrollados.

PELIGROS EN LAS INTERPRETACIONES

Muchas de las políticas dirigidas al mundo rural se han diseñado a partir de estas interpretaciones, políticas que ignoran la tremenda movilidad política, social y económica de las áreas rurales. Al desconocer esta realidad, se refuerzan unas ideas específicas sobre la cultura y con ellas se alimentan imaginarios contruados sobre la base de estereotipos. Esto determina el no reconocimiento del campesinado como actor del desarrollo y, en consecuencia, el desprecio en los ámbitos sociales y tecnocráticos por las políticas de redistribución, estimadas como ineficientes e inútiles.

⁶ Véanse en particular los enfoques de la Cepal y de las teorías de la 'dependencia'. Rodríguez [1980], Sunkel y Paz [1976].

La Cepal fue caja de resonancia de estos enfoques del desarrollo. Su Informe de 1963 definió las formas de producción agrícola campesina como precapitalistas o semicapitalistas y señaló al campesinado como “el punto de estrangulamiento interno más pertinaz en el desarrollo latinoamericano” [Ortega 1988, 21]⁷.

Virgilio Barco recogió esta versión para Colombia. Consideró necesaria “la erradicación de los sistemas empíricos y antieconómicos de explotación rural”, [Barco 1963, 233], léase *el campesinado*, opinión que contrastó con la política reformista e incluyente del gobierno de Lleras Restrepo (1966-1970), a su vez, opuesta a la contrarreformista y excluyente de Pastrana Borrero (1970-1974).

Desde la perspectiva modernista, propia de las décadas corridas entre los sesenta y los ochenta, es poco lo que se avanzó en la definición de políticas e instrumentos para lo rural. Astrid Martínez señala que

la política agraria de los años 40 se caracterizó por el énfasis en los instrumentos dirigidos a la modernización de la agricultura, la realización de obras de infraestructura y la innovación institucional, dejando atrás los objetivos de la década anterior. El problema de la estructura de la tenencia de la tierra fue subordinado al de su explotación productiva [Martínez 1986, 12].

Los instrumentos definidos desde entonces fueron las políticas de tierra, crédito, precios y comercialización, tecnología y fomento de la productividad. Instrumentos más o instrumentos menos, los planes de desarrollo repiten uno tras otro el mismo instrumental, independiente de la conceptualización en que se basen y los objetivos que propongan.

Se exceptúa en esta tradición el plan de Gaviria (1990-1994), que estimó que la teoría ya había desechado los llamados ‘sectores verticales’ (la agricultura, la industria y la vivienda) como motores de desarrollo y daba paso a las ‘áreas horizontales’ para estimular la oferta: la ampliación del capital humano, la construcción de infraestructura física, el fortalecimiento de la capacidad científica y tecnológica y la estrategia ambiental [DNP 1991].

Cuadro 1
Conceptos, énfasis y políticas para el desarrollo

CONCEPTOS	ÉNFASIS	POLÍTICA
Países poco desarrollados	Estructuras incompletas	Institucional
Países en vías de desarrollo	Potencial productivo	Educación
Países pobres	Ingreso	Distribución
Países no industrializados	Sectorial	Industrialización
Países de producción primaria	Estructuras primarias	Cambio en prioridades
Países atrasados y dependientes	Relaciones económicas	Modificación de tradiciones
Países subdesarrollados	Estructura institucional	Institucionalización

Fuente: cuadro elaborado a partir de Sunkel y Paz [1976].

⁷ Emiliano Ortega continúa señalando que según la Cepal “tendrá que seguir expulsándose gente del campo a medida que aumenta el producto por hombre, gracias al mayor aprovechamiento de la tierra y el progreso técnico” [26].

3

EL CAMPO EN LOS PLANES

En seguida se verán los imaginarios tecnocráticos a través de los cinco planes de gobierno de las últimas dos décadas.

DOS PLANES, UN IMAGINARIO

En el plan de Betancur (1982-1986), el fortalecimiento del sector agropecuario estuvo en función de la provisión de alimentos y materias primas, la generación de divisas y la generación de ingreso para más de la tercera parte de la población.

Para ello se utilizó todo el instrumental convencional de política económica. Pero cuando buscó acercar esta política a los principios de equidad y participación, relegó la acción social del Estado a las zonas alejadas de potencial ganadero (territorios nacionales y zonas de frontera). Así lo definió el Plan Nacional de Rehabilitación en su primera versión.

De hecho, las políticas para el bienestar campesino fueron salud preventiva, mejoramiento de vivienda, atención primaria en salud, fomento de la educación básica y ampliación de esquemas de seguridad social, sin tocar para nada el reparto de la tierra. Una vez más, este reparto se dejó a los programas de colonización.

Los programas complementarios fueron Desarrollo Rural Integrado-Plan de Alimentación y Nutrición (DRI-PAN), dirigidos a “una parte importante de los campesinos que han demostrado capacidad empresarial y de articulación al mercado” [DNP 1983, 82]. Así se establecía una curiosa segmentación que dejaba fuera de las relaciones de mercado a una importante proporción de campesinos, en particular, los no propietarios de tierra, a pesar de su aporte a la construcción del sistema agroalimentario nacional.

En el gobierno de Barco (1986-1990), el Plan de Desarrollo Integral Campesino se orientó a

erradicar la pobreza campesina y, de manera simultánea, mejorar las condiciones de producción y comercialización, que son requisito para el bienestar permanente de los pequeños productores [DNP 1987, 43].

Volvió a utilizarse el mismo arsenal de instrumentos de política, ahora concentrado en la provisión de servicios básicos, la transferencia de tierras, recursos financieros y tecnología y remoción de obstáculos a la comercialización.

Se castiga al sujeto, sin analizar el entorno político

En los dos planes, el de Betancur y el de Barco, se maneja el mismo imaginario:

- Un campesino asociado a la pobreza.
- Un campesino incapaz de movilizar por sí mismo recursos para la formación del mercado.

- Un campesino incapaz de movilizarse para la participación, con excepción del pequeño núcleo vinculado al DRI.

Los planes no discuten en ningún caso las condiciones políticas que crean estas limitaciones. Por ello, las falencias se terminan asignando al sujeto y no al entorno social, al campesinado y no a las relaciones de poder creadas por el control sobre la vida política local, la propiedad de la tierra y las formas de presencia del Estado.

De esta manera es muy fácil definir paquetes de políticas que simulan soluciones pero que no pueden trascender el instrumental convencional, porque no intentan comprender cómo opera la realidad campesina. El imaginario creado sobre lo campesino en los planes permite entonces formular políticas que ejercen un tremendo poder a través del no reconocimiento del sujeto social, políticas que tienen implicaciones en la forma como se han tratado, por ejemplo, las protestas y reclamaciones de derechos del campesinado.

LO CAMPESINO, CADA VEZ MÁS BORROSO

Las áreas del Plan del gobierno de Gaviria (1990-1994) no fueron extrañas a los planes anteriores. La diferencia fue de enfoque y énfasis al pasar del estímulo a la demanda al estímulo de la oferta y de las políticas sectoriales a la formación de capital humano. Su fin era impulsar el crecimiento, la productividad, la competitividad, la eficiencia, los mercados, es decir, la modernización.

Lo anterior quiere decir que la construcción básica sobre el crecimiento también es propia de propuestas contemporáneas como el Consenso de Washington. Ocurre sin embargo que en su particular visión de la globalización, estas propuestas consideran la universalidad del mercado como opción única de desarrollo y diseñan unas opciones para quienes no reconocen como integrados, relegándolos al espacio de la ‘focalización’, versión postmoderna del Estado asistencial⁸.

Independiente de la inexistencia de políticas sectoriales, en el plan de Gaviria tampoco hay sujetos definidos. Incluso, el concepto *campesino* no se trata. Se menciona para hablar de su migración a las ciudades (página 11) y hay una referencia ocasional a los “niños campesinos” (página 117) con respecto a la educación. Incluso, dice que los programas de pequeña irrigación beneficiarán a los “campesinos de escasos recursos” (página 404).

El plan habla en forma genérica de *población rural, zonas rurales, bachillerato agrícola, la comunidad, grupos más pobres, usuarios*. En general, sus conceptos son neutros y universales, como el de ‘ciudadanos’, a los que considera actores centrales del proceso de cambio y crecimiento.

SAMPER: ¿QUIÉNES, EN QUÉ LUGAR?

El Plan de gobierno de Ernesto Samper (1994-1998) vuelve a las políticas sectoriales, esta vez llamadas *activas*. Su propósito era formar un nuevo ciudadano colombiano, productivo, solidario,

⁸ De hecho, el plan enuncia que el concepto de capital humano como factor de crecimiento y desarrollo “es quizá el descubrimiento más importante de la teoría del crecimiento económico de la última década”, por ello, “se ha encontrado que mejorar la equidad en la distribución del capital humano garantiza la equidad en la distribución del producto y el ingreso. En efecto, el aumento y la distribución de la educación, salud y nutrición son factores de equidad social y crecimiento económico. Ello requiere enfatizar el concepto de focalización de la acción social del Estado hacia los grupos que requieren mayor consideración” [DNP 1991, 40-41]. El Plan se sustenta en esta conceptualización y no propone nada en relación con la transformación de las relaciones políticas ligadas a las dificultades para construir capital humano y mucho menos sobre la redistribución de los activos.

participativo y tolerante, respetuoso de los derechos humanos y pacífico, más consciente del valor de la naturaleza, orgulloso de su colombianidad e integrado culturalmente.

Sin embargo, el instrumental para el desarrollo rural campesino (lo correspondiente al Estado en la formación del ciudadano) siguió siendo el convencional, ahora catalizado por los “acuerdos sectoriales de competitividad”, renovación de una vieja propuesta de Betancur de “contratación del desarrollo”, acuerdos que suponen capacidades técnicas y empresariales de los agentes. ¿Cuál es el rol del campesinado? Difícil saberlo en el plan de Samper.

El Plan de Samper definió siete estrategias generales en el capítulo *Políticas públicas en materia social* y en la que trata sobre la *Pequeña propiedad y economía solidaria*. En particular, el plan de *Desarrollo rural campesino* dice que,

el principal problema que afecta a los campesinos colombianos es la falta de acceso tanto a recursos productivos suficientes como a servicios sociales. A pesar del desarrollo alcanzado en algunas zonas, del aumento de producción y productividad de las mismas y la tecnificación en otras, no ha sido posible que esos beneficios faciliten el desarrollo del espacio rural y, mucho menos, de los habitantes de estas zonas. Como consecuencia de lo anterior, los campesinos han visto deterioradas sus condiciones de vida y se enfrentan a la falta de oportunidades económicas y de servicios, facilitándose las circunstancias que propician la violencia política y la delincuencia que impide establecer el clima de convivencia y tolerancia indispensable para la construcción del progreso de la sociedad colombiana [DNP 1995, 114].

Aunque la dificultad para el acceso a recursos suficientes es cierta, el Plan no explica cuáles son las zonas con mayor desarrollo y qué campesinado hay allí, como tampoco cuáles son las otras zonas y los otros actores. Por ello, la segunda parte de la afirmación es asombrosa. Sin explicar espacios, sujetos o relaciones, deduce que los campesinos ven deterioradas sus condiciones de vida hasta el punto de poder llegar a ser fácilmente delincuentes y amenazar a la sociedad entera. ¿Es serio y ‘técnico’ hacer este tipo de análisis? ¿Es esta una radiografía justa, una imagen precisa del campesinado?

PASTRANA: CAMPESINADO INCAPAZ Y DÉBIL

El plan de desarrollo del gobierno Pastrana (1998-2002) amplió el lenguaje. Hizo énfasis en la necesidad de resolver el conflicto político y social y en mejorar el desempeño económico. Su base es un conjunto de cuatro capitales: físico, tecnológico, humano y social, que expresan la globalidad del concepto de desarrollo.

Pero en esa renovación, hay un imaginario muy preciso sobre el campesinado. Al proponer el desarrollo de las cadenas productivas (estrategia sustancial del plan) expresa que,

teniendo en cuenta que la capacidad de negociación de los campesinos es reducida, y que presentan una débil estructura organizativa, la participación del sector privado es de vital importancia para facilitar la construcción de un modelo basado en alianzas estratégicas [DNP 1998, 235].

La imagen habla por sí misma. Corresponde a una depreciación del campesinado como capital humano, pues este concepto se asimila a un tipo de niveles educativos que como no son propios del campesino, derivan en desventajas de partida para el desarrollo; dicho de otra manera, los conocimientos y relaciones del campesinado no logran constituir *capital humano* en la lógica del Plan. De allí que se dé por hecho que el mundo moderno debe avanzar rápidamente, en tanto lo atrasado es sujeto tan sólo de políticas de focalización, idea en la cual las políticas de redistribución no tienen sentido. Esta concepción encierra una falla de reconocimiento. Es un tipo de imaginario que refuerza la exclusión y la desigualdad.

CAPITAL HUMANO Y CAPITAL SOCIAL: NUEVAS NOCIONES

Capital humano y *capital social* son los conceptos claves de los últimos tres planes de desarrollo. En el plan de Gaviria, el capital humano se asocia a la adquisición de capacidades, si bien estas quedan sin definirse.

En el plan de Samper el capital humano se entiende como “el nivel y calidad de la educación recibida por la población, así como su experiencia productiva” [DNP 1995, 15] y forma parte del *capital conocimiento* (desarrollo científico y tecnológico). Ambos, capital humano y capital conocimiento son componentes del capital social, que parece estar relacionado con la formación de ciudadanos, la ética y la integración social.

El plan de Pastrana discrimina entre *capital físico* (instrumentos producidos por la mano del hombre), el *progreso tecnológico*, el *capital humano* y el *capital social*. El capital humano es la

apropiación de conocimiento que hacen los individuos a lo largo de sus vidas y las condiciones del entorno personal que permiten explotar provechosamente ese conocimiento, como la nutrición y la salud [DNP 1998, 11].

Ese capital humano cumple la función de explicar el proceso continuo de progreso tecnológico y crecimiento económico. A la vez, define *capital social* como una

amalgama de ciertas características de la organización social, tales como la confianza, las normas, las redes de contactos y, con mayor generalidad, las relaciones de largo plazo que pueden mejorar la eficiencia colectiva de una comunidad, no sólo facilitando la acción coordinada, sino permitiéndole a la gente llevar a cabo acciones cooperativas para el beneficio mutuo [DNP 1998, 13].

El significado general que se da a estos conceptos es el de ‘carencia’, propia de las zonas pobres, deprimidas y excluidas, las que habría que llenar de capital humano.

CONCEPTOS QUE NO RECONOCEN

Los conceptos de capital humano y capital social son tremendamente etnocéntricos. Estiman que sólo hay una forma de educación y de relaciones de cooperación, ligada a los valores del progreso y lo moderno. De ahí la insistencia en las condiciones empresariales como patrón de medida y asimilación de los valores necesarios para ser competitivos. Esta es la razón que se utiliza para explicar por qué quienes poseen esos capitales son los que deben guiar las alianzas sociales. Pero, ¿es esa la vía más apropiada cuando de partida hay condiciones desiguales?

En segundo lugar, los conceptos de capital excluyen los valores propios de las comunidades y las circunstancias políticas que han incidido en su desvalorización. En los últimos treinta años se han visto dinámicas organizativas muy complejas en estas comunidades y confrontaciones muy intensas entre actores rurales, dinámicas en las que el campesinado ha propuesto explícitamente estrategias de negociación a través de sus protestas, ha presentado proyectos legislativos, ha invadido tierras y establecido alianzas o enfrentamientos con otros actores del campo.

Igualmente, las comunidades han desarrollado un acervo complejo de capacidades que les permiten ser parte fundamental de la vida social y política y del sistema agroalimentario nacional [véanse Salgado y Prada 2000 y Forero 1999].

Una trayectoria evidente y muy rica. Incluso vale la pena señalar a propósito de las iniciativas políticas promovidas por las organizaciones que en sus intentos de negociación, el campesinado ha visto fallar varias de sus propuestas:

- Partido político campesino a imagen y semejanza de los de izquierda.
- Participación electoral en unión de corrientes de oposición o con sectores reformistas o de los partidos tradicionales
- Abstencionismo.
- Alternativa armada [véase Escobar 1991].

Es interesante ver que muchas de las formas organizativas del campesinado se acogen, en su reglamentación, a las normas legales y vigentes. Por ejemplo, las cooperativas, las juntas de acción comunal, las asociaciones, etc. Esta actitud es explicada con el argumento según el cual “somos personas que necesitamos estar dentro de la ley” [Jaramillo y Mora 1986, 180], con lo que ponen de manifiesto un imaginario propio tanto de su vivencia en calidad de ciudadanos como del rol del Estado.

Con esa inmensa experiencia como telón de fondo, ¿se justifica suponer, como lo hace el plan de Pastrana, que el campesinado es débil en su estructura organizativa, y que por ello requiere la tutela del sector privado? ¿Se justifica desconocer estas construcciones sociales, que son un rico capital social y humano?

ASÍ HA OCURRIDO POR DÉCADAS

Los planes de gobierno cierran entonces el siglo con un imaginario negativo: el campesinado minusválido para adelantar los procesos de desarrollo. Este extraño *capital simbólico* atesorado por la tecnocracia ha construido una matriz de significado, un telón de fondo, una proyección que dificulta reconocer las transformaciones del sujeto social campesino (hombres y mujeres).

Las cadenas discursivas propias de los imaginarios de la cultura tecnocrática y política han construido una visión de las sociedades campesinas que son determinantes de la injusticia, pues impiden el reconocimiento del campesinado como sujeto social e **inhiben la efectividad de políticas de redistribución** al no asignarle al sujeto (que ellas denominan *agente*) capacidades propias para el desarrollo.

Cuadro 2

Estrategias para el sector agropecuario y el campesinado en el Plan de gobierno de Belisario Betancur

Estrategias para el sector agropecuario	Estrategias para el campesinado
<p>1. Corto plazo:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Aumentar producción y productividad. • Bajar costos de insumos. • Transferir tecnología. <p>2. Largo plazo:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Incrementar productividad. • Expandir área. • Mejorar comercialización y bienestar. <p>Plan de Reactivación de la demanda:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Ajuste tasa de cambio - Incentivos tributarios a exportaciones. - Crédito de Proexpo. - Protección al sector. <p>Plan Nacional de transferencia de tecnología.</p> <p>Adecuación de distritos de riego.</p> <p>Inversión en adecuación y mantenimiento</p>	<p>1. Promoción del bienestar campesino:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Provisión de alimentos • Reducción de inseguridad <ul style="list-style-type: none"> - Servicios. - Ampliación de frontera. - Transferencia de tecnología. - Mayor conciencia social. • Políticas <ul style="list-style-type: none"> - Salud preventiva. - Mejoramiento de vivienda. - Atención primaria en salud. - Fomento educación básica. - Ampliación seguridad social. <p>2. Desarrollo campesino:</p> <ul style="list-style-type: none"> • DRI - PAN (para quienes tienen capacidad empresarial).

infraestructura. Zonas de colonización. Planes de pesca, acuicultura y agroindustria. PNR y DRI.	
---	--

Fuente: Elaborado con base en DNP [1983].

Cuadro 3

Estrategias para el sector agropecuario y el campesinado en el Plan de gobierno de Virgilio Barco

Estrategias para el sector agropecuario	Estrategias para el campesinado
<ul style="list-style-type: none"> • Recuperar el dinamismo de la producción. • Dotar a campesinos de recursos. • Aumentar oferta de exportables. • Modernizar y capitalizar el sector. • Vincular a grupos más pobres. • Crecimiento sostenido: <ul style="list-style-type: none"> - Aprovechar recursos naturales renovables. - Manejo integral de políticas. - Adecuación de tierras. - Reforma agraria. - Crédito de fomento. - Investigación y transferencia. - Reducción de costos de insumos. - Dotación de infraestructura. - Impulso a formas asociativas. - Protección efectiva. 	Programa de Desarrollo Integral Campesino. <ul style="list-style-type: none"> • Fondo DRI <ul style="list-style-type: none"> - Cofinanciar con municipios - Inducción cambio tecnológico - Servicios públicos - Modernización economía campesina - Promoción de sistemas asociativos - Programas de seguridad alimentaria - PNR - Zonas no atendidas por el DRI - Provisión de tierras - Titulación y orientación de colonización - Incorporación de nuevas zonas de frontera.

Fuente: elaborado a partir de DNP [1987].

Cuadro 4

Estrategias para el sector agropecuario y el campesinado en el Plan de gobierno de César Gaviria

Estrategias para el sector agropecuario	Estrategias para el campesinado
<ul style="list-style-type: none"> • Incidencia de las 4 áreas: <ul style="list-style-type: none"> - Ampliación de capital humano. - Construcción de infraestructura. - Fortalecimiento de la capacidad científica y tecnológica. - Estrategia ambiental. • Estado centrado en bienes públicos y externalidades. • Reforma más importante: la apertura económica. 	No hay estrategias específicas para lo rural.

Adecuación de tierras. Infraestructura en riego.	
---	--

Fuente: elaborado a partir de DNP [1991].

Preguntas sobre la noción de ciudadanía

El campesinado ha reclamado a partir de sus acciones un estatus de *ciudadanía* acorde con sus derechos como miembro del Estado colombiano [Salgado y Prada 2000]. Por ciudadanía se puede entender un conjunto enormemente ampliado de derechos y obligaciones recíprocas que unen al Estado a las personas que residen a largo plazo dentro de su territorio. Se construyen sistemas democráticos si la ciudadanía es amplia, si es igual, si hay consulta a los ciudadanos y si se les protege contra acciones arbitrarias de agentes del Estado [Tilly 1995]. Pero en el contexto colombiano, vale la pena preguntarse: ¿se pueden construir ciudadanía amplia e igual sin reconocer a los sujetos en situaciones de desigualdad e inequidad tan grandes como las que se presentan entre los actores rurales? Igual, ¿la formación de capital humano a cargo del Estado, es decir, *focalizada*, puede generar las mismas capacidades en una relación de competencia entre la acción de las instituciones públicas y las privadas, como en el caso, por ejemplo, del cumplimiento por parte de las organizaciones públicas de los derechos a la salud y la educación?

Cuadro 5

Estrategias para el sector agropecuario y el campesinado en el Plan de gobierno de Ernesto Samper

ESTRATEGIAS PARA EL SECTOR AGROPECUARIO	ESTRATEGIAS PARA EL CAMPESINADO
<p>Política de Modernización Agropecuaria y Rural.</p> <ul style="list-style-type: none"> • Internacionalización y defensa de la producción nacional. • Concertación = acuerdos sectoriales de competitividad. • Descentralización y participación comunitaria. • Desarrollo tecnológico agropecuario y pesquero. • Generación y transferencia de tecnología. • Adecuación de tierras. • Capitalización y financiamiento. • Comercialización y agroindustria. • Manejo de riesgos. 	<p>Desarrollo Rural Campesino.</p> <ul style="list-style-type: none"> • Acceso a recursos. • Fortalecimiento de la capacidad técnica empresarial. Reforma agraria. Servicios sociales. Programa de vivienda. Programa de desarrollo alternativo. Colonización. • Zonas de reserva campesina.

Fuente: elaborado sobre la base de DNP [1995]

Cuadro 6.

Estrategias para el sector agropecuario y el campesinado en el Plan de gobierno de Andrés Pastrana

ESTRATEGIAS PARA EL SECTOR AGROPECUARIO	ESTRATEGIAS PARA EL CAMPESINADO
<ul style="list-style-type: none"> • Exenciones a quienes inviertan en el campo. • Nuevos modelos y proyectos de cadenas integradas. • Entorno macro favorable al agro. • Paz para reconstruir la sociedad rural. • Concordancia con políticas internacionales. • Liderazgo en el sector privado. • Gobierno como impulsor y facilitador. Componentes de las políticas: • Cadenas productivas (inversión, bienes de capital, tecnología). • Desarrollo rural. 	<ul style="list-style-type: none"> • Proyectos participativos. • Alianzas estratégicas. • Vías, ríos, minería. • Atención humanitaria Plan Colombia • Proyectos para zonas afectadas por ilícitos. • Sustitución de cultivos. • Atención a desplazados.

- | | |
|-------------------------|--|
| • Cambio institucional. | |
|-------------------------|--|

Concepto clave en la discusión de hoy

La categoría de ‘capacidades’ es importante en las discusiones recientes sobre el desarrollo. Amartya Sen entiende por capacidad “el reflejo de la libertad para alcanzar funcionamientos valiosos” [1995, 63]. Salgado y Prada la entienden “como la posibilidad funcional de un agente para enfrentar la resolución de los problemas que le plantea su entorno” [2000, 18]

4

El programa DRI La imagen deseada

El DRI es el programa más consistente sobre la agricultura campesina y es “el mecanismo de articulación más importante de los pequeños productores a *la imagen deseada* del productor rural” [González 2001, 108, cursiva nuestra] Dirigido a pequeños agricultores tras el desmonte de la reforma agraria, se enfocó a garantizar la productividad campesina.

Es decir, a través del DRI, el problema fundamental del campesinado en Colombia dejó de ser el acceso a la tierra y pasó a ser el acceso al progreso técnico [González 2001, 107].

El objetivo definido para el programa fue transformar las sociedades rurales atrasadas en sociedades orientadas al mercado. Para ello hizo énfasis en la adaptación de paquetes tecnológicos tipo Revolución Verde, en la especialización en pocos productos alimenticios, en el reemplazo de socios por monocultivos y en la adecuada asistencia técnica. A partir de esos énfasis se proyectó una imagen del campesino articulada a la imagen del productor moderno [González 2001, 107].

FALENCIAS DE LA ESTRATEGIA

Efectivamente, el DRI concibió a los campesinos, “como productores independientes, vendedores de productos agrícolas -como simples empresas familiares con cierta capacidad de progreso-, sin considerar su articulación regional” [Forero 1990, 8].

Desde esa visión, la política del DRI perdió de vista los contextos en los que está inmerso el campesinado y terminó por imponer y condicionar el desarrollo de la sociedad y las economías campesinas sobre las que ha intervenido [Forero 1990, 8].

Lo curioso del discurso del DRI sobre el progreso del campesinado es que las acciones que emprendió se orientaron en la misma tendencia de modernización que sostenía el campesinado. Así, el programa se constituyó en un factor adicional al conjunto de determinantes que generaron las transformaciones de las economías campesinas. De allí que

los usuarios DRI poco o nada se diferencian de la población campesina entrevistada como ‘testigo’ cuando unos y otros están ubicados en contextos sociogeográficos similares [Forero 1990, 4]⁹.

LÍMITES DE LA ESTRUCTURA

Muy a pesar de vender una imagen sobre el campesinado, el DRI se ha limitado a una porción reducida de población en el campo, sin la pretensión de romper las limitantes estructurales e institucionales del medio. A pesar de comprometer a diversos sectores del Estado, al DRI nunca se le concedió el suficiente poder político como para que alterara la estructura del poder público en lo referente al agro o modificara la institucionalidad existente [Echenique 1987].

⁹ Forero agrega que “el DRI lejos de producir efectos que coloquen a sus usuarios en una situación diferente a los campesinos que no participan en el Programa, ha sumado su acción a múltiples fuerzas que han transformado al campesinado”.

En los planes de desarrollo, el DRI aparece siempre como la estrategia clave para el campesinado. Pero a juzgar por las evaluaciones realizadas, parece que el imaginario sobre el que se basa, la imagen deseada del campesinado, no fue suficiente para lograr las transformaciones esperadas en la calidad de vida del campesinado y, mucho menos, la transformación de las relaciones en el campo.

5

ALGUNOS IMAGINARIOS DESDE LA ACADEMIA

Cuando imaginarios como los descritos inciden en el diseño de políticas públicas, asignaciones presupuestales, rumbos de la población, expresan de manera clara cómo los puntos de vista que se legitiman socialmente tejen formas de poder. Estos puntos de vista contrastan con literatura reciente de la economía y la ciencia política que muestra que los procesos de modernización y cambio del mundo rural son muchos e inciden en la construcción de las identidades, los roles desempeñados, los dominios tecnológicos, las relaciones construidas, el manejo de los mercados, etcétera. Esta literatura evidencia que el mundo rural se construye en marcos de relaciones, oportunidades y experiencias ricas en diversidad, complejas en vínculos y mutables en el tiempo. En consecuencia, no parece haber hechos que justifiquen un carácter estático de sus culturas, sociedades e instituciones, a partir de los cuales se legitimen esas formas de poder sobre la base de estereotipos. No se justifican los mitos.

En el análisis de los conflictos regionales, Mauricio Romero relata que frente a la dinámica de estos cambios, los terratenientes y políticos de Córdoba reaccionaban quejándose de que la

hostilidad campesina destruyó el antiguo orden. Guardianes de lo viejo, los terratenientes se negaban a aceptar, por ejemplo, la legislación laboral [Romero 1995, 111]

Y reaccionaron violentamente para controlar esta dinámica. Este comportamiento muestra que el campesinado necesita apoyos externos para enfrentar a los poderosos terratenientes, no porque sea incapaz sino por el enorme poder de éstos. Como el carácter de la organización campesina depende en parte del sistema agrícola del que surge y del tipo de luchas en que participa, no es extraño que desarrolle alianzas, razón que no responde a la imagen de ineptitud.

Lo singular es que tanto desde la perspectiva tecnocrática como desde la política se asume que la injerencia externa es indispensable para la sobrevivencia campesina, bien se piense en términos de ‘alianzas estratégicas’, ‘cadenas productivas’ o ‘movilización de masas’.

Otro tipo de experiencias deja en claro que a pesar de construirse en las localidades un imaginario sobre el Estado y de exigir de él el cumplimiento de los derechos, son otros actores los que toman muchas decisiones claves del mundo rural. En las zonas de megaproyectos y de explotación petrolera son las grandes compañías las determinantes de las relaciones sociales y del ordenamiento del territorio, no el Estado. Las compañías rompen tradiciones, relaciones locales, desconocen formas propias de manejo, transforman los poderes regionales y generan crisis que confrontan lo pensado con lo vivido [Barbosa 2001].

¿Pueden estas experiencias validar las propuestas tecnocráticas y políticas que dicen que los agentes externos (léase *sector privado*) son los llamados a liderar las alianzas estratégicas? ¿Cómo se asumen desde la vida local los discursos sobre el desarrollo? ¿Cómo asumen los discursos sobre el desarrollo la vida local?

El sentido de las alianzas, que lleva implícita la idea de participación, ha tenido varias vertientes en lo relativo al campesinado. La más extrema en el orden académico fue la de Henry Landsberger para quien “un campesino [...] cuanto más campesino es, menos participa” [Landsberger 1978, 25]. Su versión extrema fue tal, que propuso hablar mejor de “cultivadores rurales” para no enredarse en definiciones, si bien reconoció la necesidad de entender las dimensiones económicas y políticas que tocan a los campesinos, que ordenó en tres subgrupos: control de los importantes *inputs* económicos y políticos, control del “proceso de transformación” dentro de la economía y la organización política, y grado de beneficio derivado del output de cada uno de los sectores de la sociedad.

En este orden, se puede examinar un enfoque para cada un de las grandes tendencias analíticas sobre el campesinado: los clásicos, los descampesinistas, los campesinistas y los enfoques recientes¹⁰.

LOS CLÁSICOS

Teodor Shanin señaló que

El campesinado se compone de pequeños productores agrícolas que, con la ayuda de equipo sencillo y el trabajo de sus familias, producen sobre todo para su propio consumo y para el cumplimiento de sus obligaciones con los detentadores del poder político y económico. Tal definición implica una relación específica con la tierra, con la granja familiar campesina y con la comunidad aldeana campesina como las unidades básicas de la interacción social; una estructura ocupacional específica, e influencias de la historia pasada y patrones específicos de desarrollo [Shanin 1979, 215].

Las peculiaridades que Shanin derivó de esta concepción son las siguientes:

- Una relación con la tierra y carácter específico de la producción.
- La granja como la unidad básica de la propiedad, la producción, el consumo y la vida social de los campesinos.
- Importancia de la ocupación para la definición de la posición social del hombre
- “En el contexto de la comunidad aldeana o la comuna campesina, el campesino alcanza un nivel de autosuficiencia social casi total [...] La aldea es el mundo del campesino”.
- “El campesino es una entidad social preindustrial que lleva a la sociedad contemporánea elementos específicos de una estructura social, una economía y una cultura, diferentes, más antiguas” [Shanin 1979, 218 y siguientes].

La secuencia de familia-sociedad cerrada no permite entender en esta concepción las funciones individuales, por lo que sería difícil explicar en esta perspectiva la permanencia del campesinado en relación con otros actores que actúan en el mismo medio. El concepto de Shanin es un imaginario que corresponde a un momento específico ideológico del desarrollo de los análisis sobre las sociedades campesinas, pero que no ayudan a explicar los problemas de hoy.

DESCAMPESINISTAS

Quienes proclamaron la desaparición del campesino como fruto de la extensión de las relaciones capitalistas en el campo, llamados ‘descampesinistas’, entendieron a los campesinos como

todos los que trabajan en la agricultura en América Latina, cualquiera que sea su raza, pero sin incluir la oligarquía territorial, por lo que son preponderantemente pobres y dependientes [Feder 1975, 15].

Feder estimó que su reproducción física no era indicador de su reproducción social, básicamente porque

La pequeña dotación de tierra, que antes era el ‘salvavidas’ del minifundista latinoamericano, se está convirtiendo en su tumba [Feder 1981, 212].

¹⁰ Se utiliza en este aparte el capítulo 1 del trabajo referenciado de Salgado y Prada [2000].

Esta visión es un ejemplo perfecto de la no diferenciación. Unifica en un solo concepto diversas culturas, capacidades, actores y procesos organizativos, para fundirlos en la pobreza y la dependencia.

En Colombia, por ejemplo, hay marcadas diferencias entre campesinos, indígenas y población negra, independiente de su relación con la tierra. Cada uno de estos sujetos sociales ha aprovechado las negociaciones políticas con la sociedad y el Estado para marcar diferencias culturales y de dinámica política, a partir de las cuales hay reconocimientos incluso legislativos que definen de manera precisa las ideas de comunidad, autoridad, poder, territorio, cultura. Desde el punto de vista de los beneficios políticos obtenidos, son los campesinos los más perjudicados, pues mientras que los pueblos indígenas y negros encontraron la oportunidad para salvar el telón de fondo de su historia, el campesinado aparece como un residuo de estos procesos.

Esta ambivalencia se puede apreciar en la siguiente definición, en la que Luis Crouch y Alain de Janvry no encontraron dónde acomodar al campesinado. Dicen que

aceptamos al campesinado como un grupo social reconocible, caracterizado por la no separación del productor y de los medios de producción, uso del trabajo familiar, no explotación de uno por otro. Por lo general, se encuentra explotado como grupo por otra clase. En ciertos modos de producción (el feudal, el asiático) el campesinado como grupo es una clase social esencial al modo, o sea, uno de los grupos sociales integrados a través de la relación social que define el modo de producción. En otros modos (el capitalista, el socialista), es una clase no esencial, insertada en el modo vía una relación que no es esencial al modo. En la medida en que los miembros individuales pasen a relacionarse entre sí y entre ellos y los capitalistas vía la relación salarial, empieza a desaparecer el campesinado como grupo [Crouch y De Janvry 1979, 290].

¿Cómo se puede explicar a partir de esta visión la permanencia del campesinado, el desarrollo de las relaciones extraprediales y las formas de asociación como mecanismos de reproducción? ¡Imposible hacerlo! Incluso ha sido difícil para ellos mismos, que debieron decir que “hay que aceptar una apariencia: parece que todavía hay muchos campesinos” [Crouch y De Janvry 1979, 290].

En esta misma perspectiva, y más importante para el debate actual, John Heath estimó que

Los diversos ejemplos históricos del campesinado están unidos por el hecho de que se enfrentan a un mercado. Ante la ausencia del mercado no se puede concebir a la economía campesina (al respecto nos parece válido distinguir con claridad entre organizaciones tribales y unidades campesinas). La especificidad de los distintos campesinos consiste en el grado de su integración con el mercado (proceso que, por cierto, puede llevar a la descomposición de esta forma productiva). Se puede decir que el campesinado representa una forma de producción específica en el sentido de estar caracterizada por su integración parcial con el mercado. En el momento en que se da una integración total, no se trata más de la producción campesina, sino de la producción capitalista, o alternativamente, la proletarianización de las unidades campesinas [Heath 1987, 6].

CAMPESINISTAS Y CAMPESINÓLOGOS

La visión anterior se ha controvertido duramente en estudios que muestran al campesinado integrado históricamente al mercado como sujeto clave de su desarrollo, cumpliendo roles específicos. David Lehman argumenta que

un campesinado autárquico, que produce únicamente para su propio consumo, sólo puede existir donde no haya ni Estado ni latifundistas, puesto que el papel esencial impuesto al campesinado en cualquier Estado ha sido el de proveedor de alimentos, materias primas, textiles, etc. [Lehmann 1980, 19].

De esta manera, pone de presente la existencia de vínculos que permiten comprender que ni la relación con los latifundistas conduce a la descomposición porque se desarrollan transacciones ni que el Estado asume ingenuamente el vínculo con el campesinado al imponerle roles.

En Colombia,

la formación del campesinado es parte de la formación de la complejidad de la estructura económica actual de países como el nuestro. En otros términos, el campesinado en muchos casos surge con el mercado que él contribuye a ampliar. La formación del mercado interno y la industrialización del país se han sustentado sustancialmente en la conformación de un campesinado productor de mercancías, de alimentos y de divisas [Forero 1999, 342].

ENFOQUES DE HOY

Las discusiones académicas sobre lo que es o no es el campesinado han sido intensas y difíciles, entre otras razones porque sus identidades, los roles que ha jugado y sus vínculos con la política han cambiado sustancialmente. De hecho, los juegos de tipificaciones han sido también variados. En algunos casos, como en los enfoques culturalistas, se coloca el énfasis en la falta de educación y en los valores tradicionales de los campesinos. Los señalaron como los factores causales de la agricultura de subsistencia, factores culturales que impedirían el cambio tecnológico entendido como clave para pasar de la agricultura tradicional, atrasada e ineficiente a la moderna y eficiente.

En otros casos, como en el modelo estructural-reformista, se subraya la falta de tierra, problema para los campesinos desposeídos de este recurso, que deben desempeñarse como jornaleros permanentes o temporales [Maffei 1979].

Absalón Machado y Jorge Torres clasificaron las teorías en la visión marxista-leninista clásica, en la teoría de Chayanov y en los enfoques antropológicos y neoclásicos. Hicieron el énfasis en el debate desarrollado en América Latina, debate que incluyó varias interpretaciones:

- Las proletaristas o descampesinistas.
- Las recreacionistas o campesinistas.
- La discusión de algunos marxistas sobre subsunción, articulación y subordinación [Machado y Torres 1987].

La Misión Rural desarrollada en Colombia [Valderrama y Mondragón 1998] realizó la siguiente clasificación:

- Los subjetivistas: sociólogos, antropólogos y economistas que consideran al campesinado como grupo social y económico diferenciado del resto de la sociedad.
- Los dualistas: economistas neoclásicos y teóricos marxistas del subdesarrollo que reconocen un sector moderno diferenciado de uno atrasado.
- El enfoque de la economía política, que liga los desarrollos de Lenin y Kautsky.
- Los estructuralistas: se ubican en la relación latifundio/minifundio y el cambio tecnológico.
- La escuela de la organización y producción, ligada a Chayanov.
- Las teorías socio-antropológicas: hacen énfasis en la identidad cultural.

Esta proliferación de categorizaciones, enfrentadas a la permanencia del campesinado, hace recordar una lectura cómica de Shanin:

Día tras día los campesinos hacen suspirar a los economistas, sudar a los políticos y maldecir a los estrategas, al derrotar sus planes y profecías por todo el mundo [Shanin 1979, 214].

Luis Llambí considera que asumir una definición específica sobre lo que es o no es el campesinado conduce a un falso problema, porque

cada período histórico en el proceso de acumulación del capital ha generado su propio campesinado. Estos agentes sociales son, entonces, productos históricos específicos con múltiples génesis y trayectorias variables [Llambí 1990, 47].

Dice también que esas trayectorias y génesis se pueden identificar claramente en los regímenes primario exportador, de industrialización orientado al mercado interno, de diversificación de exportaciones y en los procesos de acumulación centrados en los modelos de apertura económica, desregulación estatal y globalización

El campesinado ha tenido muchos cambios en medio de estas trayectorias, al pasar de las relaciones de sujeción en la hacienda, a la lucha para lograr su independencia y al involucramiento activo en los mercados de trabajo rural y en los nichos de producción modernos. Llambí deduce que

no es posible desarrollar una categoría teórica universal de una forma productiva campesina, sino definiciones históricas propias de cada formación social en cada estadio de su desarrollo [Llambí 1990, 81]¹¹.

Es decir, no puede haber un concepto único sobre lo campesino convertido en determinante histórico, so pena de desconocer los cambios que operan en las sociedades, en sus etapas de acumulación, en particular, en las sociedades campesinas.

En efecto, el campesinado ha sostenido una alta participación en el suministro de bienes y en la circulación de recursos, ha renovado sus prácticas productivas y tecnológicas, ha innovado en formas asociativas para optimizar lo poco de que dispone, ha revolucionado los mercados de alimentos y de trabajo con la extensión de la monetización y ha renovado el repertorio y contenido de sus luchas para negociar de manera novedosa con la sociedad y el Estado [véanse Salgado y Prada 2000 y Forero 1998]. Estos progresos no niegan el hecho de que haya perdido recursos y espacios frente a contrincantes más poderosos, pero evidentemente resiste.

La Misión de Estudios del Sector Agropecuario [Minagricultura y DNP 1990] contrastó de manera contundente las características convencionales asignadas al campesinado:

la escasa dotación de tierras, el uso predominante de fuerza de trabajo familiar, la baja integración al mercado de factores productivos y de bienes y en consecuencia una limitada capacidad para absorber el cambio técnico y para acumular capital, lo cual tiene en su conjunto, como implicación final, extendidas y persistentes situaciones de pobreza [335].

A juicio de la Misión,

tan pronto se busca contrastar estas características genéricas con las realidades presentes, es fácil ver no sólo que éstas son extremadamente dinámicas, sino que también a menudo no se corresponden, en forma homogénea, ni con las características abstractas asignadas a las unidades de producción, ni con las asignadas a la fuerza de trabajo,

pues de hecho en el período que estudia, el empleo campesino creció más que el asalariado, se redujo la brecha tecnológica entre la producción campesina y la llamada empresarial y aumentó la capacidad *per cápita* del campesinado para alimentar a la población de país [335 y siguientes].

¹¹ En la misma óptica considera que “el destino de los campesinos concretos de América Latina continuará siendo el de desaparecer, reaparecer o transformarse, en la medida en que las condiciones que le han dado origen en tanto productores y trabajadores al servicio de los circuitos de acumulación del capital, no sean superadas” [1990, 84].

En el caso colombiano es imposible construir una idea sobre el campesinado sin tener presentes las tendencias de la producción agropecuaria, los procesos políticos, el rol de la violencia y la presencia de múltiples actores en el campo. A partir de estos factores se caracterizó al campesinado colombiano como:

- Un sujeto social dueño de un acervo impresionante de capacidades, que le permiten disputar su permanencia en los procesos productivos.
- Un sujeto multiactivo desde el punto de vista de su actividad económica.
- Un sujeto participativo en relación con la reivindicación y exigibilidad de sus derechos ciudadanos.
- Un sujeto cosmopolita en su acción social y política, dados los procesos de negociación que ha debido adelantar con los otros actores rurales para lograr su reproducción social y el enriquecimiento de sus identidades.

Los imaginarios construidos sobre lo rural a lo largo de las últimas décadas tienen muchos matices y generan diferentes prácticas políticas. Las posiciones analíticas han sido nodos en la generación de políticas para el desarrollo, la formación de profesionales y la reorganización de instituciones. Eso no significa que *lo analítico* exprese el punto de vista de los actores rurales, aunque sí ayudan a formarlo. De hecho, mientras las políticas de los planes de desarrollo han supuesto la aplicación constante de la normatividad, la movilidad de los recursos, la fluidez de los mercados y el reacomodo de la población, los actores han negociado o impuesto hasta en los terrenos de la violencia su posición en el mundo rural.

Así piensa un descampesinista

La regeneración o resurgimiento del campesinado en el sistema capitalista es un mito romántico; la expansión capitalista hasta el último rincón del sector rural de los países subdesarrollados, bajo la iniciativa y el dominio extranjeros, debe concluir inevitablemente en el desplazamiento de los campesinos y asalariados. No hay razones prácticas ni teóricas que permitan suponer que las agriculturas subdesarrolladas no tendrán que adaptarse al 'modelo' estructural de las agriculturas industrializadas, y convertirse, como ellas, en agricultura sin gente.

Ernest Feder[1981, 239].

6

IMAGINARIOS SOBRE SÍ MISMOS

Las distancias entre el mundo real y lo imaginado por las políticas son muy grandes. Por ello vale la pena mirar lo que piensan quienes sufren o recrean estas políticas. Se hará a través de las manifestaciones de sus organizaciones.

El campesinado ha formado las ideas sobre sí mismo a partir de relaciones de conflicto. No se ve con claridad un momento en la historia reciente del país en el que la vida rural se haya desenvuelto en el mundo aldeano y apacible que muchas veces supone la literatura. La disputa por la tierra ha implicado negociaciones de orden legal, por las vías jurídicas o de hecho, por la vía de la confrontación con los otros actores que operan en el campo.

Esas negociaciones han derivado en experiencia ganada por el campesinado sobre su propia historia. A partir de ella aprecia las oportunidades que se le abren o se le cierran, bien sea a través de las políticas o de los aliados, para desde allí dar consistencia a las interpretaciones que hace de su realidad.

Los asociados a la Federación Agraria Nacional, Fanal, levantaron su plataforma ideológica dentro de los principios cristianos, “para que cada hombre que hoy se le denomina marginado puede tener los derechos naturales de que Dios lo ha dotado”. Por eso,

Fanal-UTC es la organización de hombres y mujeres del campo colombiano que lucha por la liberación de la clase campesina e indígena, de la explotación, la miseria y la violencia institucionalizadas que la humillan y la mantienen atada al pasado [Fanal, Sin fecha, 3,7].

Desde esta perspectiva, reivindicaba “darle la tierra a quienes realmente la trabajen”, el acceso a formas cooperativas, la educación, la asistencia técnica, el seguro de cosechas, la orientación profesional, vías y el desarrollo de industrias de transformación. Todas ellas eran reivindicaciones ligadas al desarrollo moderno de la agricultura, que ponen de presente una imagen deseada del campesinado.

La mirada de Fanal sobre los campesinos es un reflejo de algunas constantes que tienen sobre sí mismas las organizaciones campesinas. Poco importa en este caso la ideología de partida. Se persiste en poner de presente la pobreza y el atraso del campesinado frente a las demandas para la modernización de sus sistemas productivos, muy en sintonía con los paradigmas del desarrollo a los que las organizaciones no han escapado.

El programa agrario de las FARC también alimenta esta tendencia modernizante:

la economía campesina está destinada a satisfacer el mercado interno de alimentos y sólo cuando logre hacerlo, se podrá pensar en la búsqueda de mercados en el exterior [FARC-EP 2001, 4].

Su discurso, en forma muy particular, propone el mismo instrumental técnico demandado por las organizaciones para poner a tono al campesinado con los procesos modernos de producción, en el marco de la discusión sobre soberanía política y alimentaria. Pero dicha soberanía choca permanentemente con la sobredeterminación del imperialismo de Estados Unidos y de las instituciones financieras internacionales, caso en el que la imagen deseada del campesinado no podrá realizarse si la voluntad política no derrota ese imperialismo. Si es así, ¿para qué demandar maquinaria, semillas, fertilizantes, extensión, sistemas de irrigación, etcétera? ¿Para qué hacerlo si el desarrollo de estos insumos está condicionado por las empresas multinacionales? Las FARC parecen no tener claro que el imaginario construido sobre la actividad productiva del campesinado choca con los propósitos de su discurso político.

ENTRE REFORMA Y CONTRARREFORMA

La Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, ANUC, desde su perspectiva, argumentaba que

La toma de tierras no es otro hecho que el despertar del campesinado por la situación inhumana de miseria y pobreza, impulsado por la situación injusta de tenencia de la tierra. Los campesinos sin tierra han sido los explotados del agro durante cientos de años, los engañados en todos los debates electorales, los que fueron enfrentados por la oligarquía para que se mataran sobre los surcos, a nombre una bandera azul o roja, que para nosotros significa muerte y destrucción y para los ricos más privilegios y más riqueza [ANUC 1974b, 9].

Esta representación del campesinado y del conflicto es propia de la época de la contrarreforma agraria. En ella dominaba el vínculo pobreza-atraso-sufrimiento *versus* explotación-terratenedores, quizá como herencia católica. Unos años antes, hacia 1970, durante el auge de la reforma agraria y la consolidación de la organización, la Plataforma Ideológica reivindicaba a la ANUC como una

organización autónoma de campesinos medios, pobres y asalariados que lucha por una reforma agraria integral y democrática, por la reivindicación del trabajador agrícola, por la elevación de su nivel de vida económico, social cultural y el desarrollo pleno de sus capacidades [ANUC 1974c, 11].

Con ello expresaba un criterio de diferenciación del campesinado y reconocía sus habilidades y capacidades para enfrentar el desarrollo. De hecho, la Plataforma se basaba en 18 puntos que tocaban todas las áreas del sistema productivo agrícola, puntos que se vuelven permanentes en las discusiones posteriores, dado que nunca fueron resueltos.

EL ESTADO IMAGINADO

Desde entonces, las organizaciones campesinas hicieron evidente también un imaginario sobre el Estado, al esperar de él, como de ninguna otra instancia, la solución a sus demandas. Corrido el período más álgido de la ANUC, manifestaban que

Después de una experiencia de dos años de lucha y organización y de un año más de solicitudes respetuosas para que el gobierno trazara políticas que por lo menos aliviaran en parte las inmensas necesidades del campesinado, y ante la indiferencia y las respuestas negativas, las masas desesperadas por la situación de hambre y miseria, descubren que solamente la lucha permanente asegurará la conquista de sus reivindicaciones [ANUC 1974, 35].

Este imaginario sobre el Estado se conserva en los últimos años. Incluso hoy se expresa. Muestra de manera clara cómo, a partir de la creación de la ANUC, el campesinado construyó sus identidades en relación con el vínculo que el Estado estableció con él, un vínculo de negociación cuando el discurso y la práctica estatal lo permitieron, o de oposición, en el caso contrario, como sucedió con el Pacto de Chicoral [Múnera 1997]. Este ha sido un devenir permanente de las últimas cuatro décadas, más o menos agudo según la incidencia de los programas estatales dirigidos al campesinado.

Quizás presionada por el fragor de la lucha social y el influjo de la intelectualidad y la dirigencia política que la acompañaban, la ANUC extravió la comprensión de lo que el campesinado era/es en sí mismo. En un momento expresó que:

los pequeños y medianos propietarios ubicados en las lomas (tienen) que someterse al cultivo de productos fungibles perecederos como la papa, el plátano, las legumbres, las frutas, etc. [...], sin método, sin asistencia técnica, sin mercadeo, sin vías, etc. [...], y como consecuencia no pueden competir en rendimiento, calidad en el mercado, y por tanto son desplazados por la agricultura capitalista [ANUC 1974, 41].

Más que un diagnóstico riguroso del campesinado, es el discurso político convertido en telón de fondo de los propósitos de la lucha social. Los cultivos referidos por la ANUC, con la excepción del plátano, se han convertido en la tabla de salvación y reproducción del campesinado. En ellos se domina el paquete tecnológico de la Revolución Verde y están plenamente integrados al mercado agroalimentario, base de la acumulación en zonas como Boyacá y Nariño. La dinámica campesina ha demostrado que esos campesinos tampoco fueron desplazados por la violencia de las áreas que controlaban, excepto en los últimos años, a pesar de la fragmentación de sus parcelas [Forero 1998 y Minagricultura y DNP 1990].

OTROS ESPEJOS

Hay sin embargo más de un imaginario de las organizaciones sobre el campesinado. Ya desde entonces, y en contravía de la caracterización de pobreza y atraso, las asociaciones campesinas disputaban su mayoría de edad oponiéndose a prácticas como el ‘crédito supervisado’ que el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria, Incora, ejercía en las empresas comunitarias:

Los socios consideran necesario que la dirección orientación y organización de las empresas, sea asumida directamente por ellos mismos (planificación de los cultivos, formas de trabajo, créditos, etc.) [ANUC 1974a, 73].

Este ejercicio de capacidad y de demanda de autonomía se daba en directa oposición a la imagen de atraso e incapacidad gerencial asignada por los funcionarios públicos, si bien no pocas veces justa por el derroche de las comunidades cuando se les otorgó autonomía. Aún hoy, como se vio en los capítulos anteriores, el gobierno considera que la ‘contratación del desarrollo’ o las ‘alianzas productivas’ deben tener la tutela de la empresa privada.

FOTOGRAFÍAS DE HOY

Un salto al presente permite ver que las organizaciones campesinas conservan muchas de las fortalezas y ambivalencias de antaño en la concepción que tienen sobre sus asociados. Un conjunto de documentos del Consejo Nacional Campesino para la Acción Rural, CNC, muestra que el Estado sigue siendo uno de los referentes básicos para la construcción de identidad y que las visiones propias se nutren de respuestas a aquello que el Estado propone.

El imaginario que las organizaciones construyen sobre su sujeto de acción es entonces, muchas veces, un contraimaginario, lo que podría implicar errores, pues está indicando que es el Estado el que lidera tanto los temas de negociación, como el telón de fondo a partir del cual se interpreta la realidad.

Este reconocimiento no demerita el valor de la acción social y política de las organizaciones. De hecho, lo que se muestra como propio es la protesta. Pero la protesta es una forma de presencia en el escenario público que suele hacerse efectiva por agotamiento de otros canales de negociación. Los documentos expresan que siempre está presente la demanda de cumplimiento de negociaciones pasadas. En este sentido, se puede decir que la protesta es un capital acumulado para gastar en última instancia. ¿Pero dónde está la fortaleza del capital simbólico propio para la construcción de un imaginario social y, en consecuencia, de alianzas que permitan realizar las propuestas?

De tales ideas, tales propuestas

El CNC reivindica el que

las economías campesinas, indígenas y afrocolombianas son el motor de la producción nacional agropecuaria y pueden elevar su importancia en la economía nacional, con un adecuado apoyo estatal,

sobre todo si se tiene presente que con sólo el 14% del territorio aportan el 44% de la producción nacional [CNC sin fecha, 4]¹². Por esa razón insiste en lo siguiente:

- El diseño de programas de reforma agraria integral y democrática.
- Mayor inversión del Estado para el desarrollo rural.
- Participación efectiva de las organizaciones en el diseño de las políticas públicas.
- Acuerdos temáticos en torno al presupuesto para el sector rural, la institucionalidad, el crédito y el endeudamiento, los derechos humanos, el género, la juventud.
- Definición propia de criterios para la acción y el plan de acción unitario [CNC 1999].

Parece olvidarse lo adquirido

Las organizaciones manifiestan de manera clara sus apreciaciones sobre el contexto de hoy. Por ejemplo, develan las propuestas gubernamentales sobre ‘alianzas productivas’ cuyo principio es que el campesinado no requiere tierra sino empleo y que lo subordina ahora al control de los empresarios rurales, en productos por lo demás propios de lo que se ha llamado la agricultura comercial [Cortés, sin fecha].

Sin embargo, en sus exigencias parecen perder lo ganado en momentos anteriores, cuando lograron interpretar la diferenciación campesina, a partir de la cual se reivindicaban políticas igualmente diferenciadas dentro de un plan general de defensa del campesinado. Quizá por ello se levantan demandas con poco sustento: “una reforma agraria que entregue a los campesinos los 5 millones de hectáreas útiles para la agricultura que están siendo desperdiciadas” por los terratenientes en ganadería extensiva [Cortés, sin fecha], dato por lo demás inexacto, o la constitución de “500 reservas campesinas” [CNC 1998], sin definir criterios para ello.

Es decir, sus demandas están sujetas a la voluntad del Estado, lo que se puede interpretar como una concesión demasiado grande, dada la experiencia adquirida por las organizaciones tras largos años de lucha.

Sin embargo, este tipo de propuestas no son las únicas presentadas por las organizaciones campesinas, que tienen el mérito de insistir en la formulación de políticas, así como en proyectos de reforma agraria que han procurado presentar sistemáticamente a consideración del Congreso de la República y, en particular, en cada uno de los procesos de negociación de la paz.

La trayectoria de estas reivindicaciones y propuestas enseña entonces que la experiencia campesina de negociaciones y confrontación con el Estado y las élites rurales ha forjado prácticas y representaciones tensionantes que se expresan en discursos a veces claros, a veces confusos.

¹² Las cifras son inexactas puesto que se estima que los pueblos indígenas tienen titulado bajo la forma de resguardo el 20% del territorio nacional; igual, cifras confiables estiman que las economías campesinas aportan el 56% de la producción agropecuaria.

LUGARES SINGULARES

Sólo las regiones en las que se consolidó una sociedad campesina estable parecieron sustraerse a conflictos fuertes, según se deduce de los datos disponibles sobre protestas. Boyacá y Nariño, por ejemplo. Allí el perfil de las demandas sociales no fue tan intenso como en los otros departamentos, hasta cuando los tocó a disputa territorial propia de los actores armados [Salgado y Prada, 2000].

En 25 ó 30 años, Boyacá logró hacer un tránsito de una sociedad rural con fuertes acentos indígenas a una sociedad rural-urbana, integrada a sólidas relaciones de mercado y de transformación productiva [Forero, 1999]. En Aquitania, municipio boyacense, por ejemplo, se dio una rápida transformación técnica al pasar de las rotaciones y asociación de cultivos con abono orgánico al monocultivo de la cebolla con el uso de insecticidas y fungicidas. El auge de la agricultura comercial de la cebolla hizo que el pueblo pasara de la pobreza propia de cultivadores de papa, a la riqueza conseguida con el nuevo producto, de manera que se generaron nuevas formas de comportamiento comunal, local y regional [Raymond, 1990].

Consejo Nacional Campesino para la Acción Rural, CNC

Agrupación a un conjunto amplio de organizaciones sociales del campo de carácter campesino: Anmucic, Acbra, ACC, ANUC-UR, Fanal, Fenacoa, Fensuagro, Festracol, Sintradín, SUMA y la Coordinadora Nacional de Desplazados.

Así nos vemos, así nos ven

En un encuentro con líderes campesinos convocado por el proyecto Planeta Paz se preguntó a mujeres y hombres líderes del movimiento campesino lo siguiente: ¿cómo creen ustedes que la sociedad valora al campesinado? Ellas y ellos respondieron que no se le valora, que se le excluye como lo peor, que se le discrimina y utiliza. Y señalaron que:

- Las clases alta y media consideran al campesinado ignorante, incapaz y torpe.
- Las multinacionales lo ven como un obstáculo para el desarrollo.
- El gran capital y lo valoran como no viable.
- Los terratenientes ven en el campesinado al enemigo.
- Los políticos lo valoran como una reserva electoral.
- Los sectores populares lo estiman como forjador de riqueza y de vida¹.

También se les preguntó por qué se nombran como campesinos:

- Por vivir en el campo.
- Por la identidad relacionada con el agro.
- Por los ancestros campesinos, las raíces, la descendencia.
- Por el tipo de cultura.
- Por aprecio y gusto por la naturaleza.
- Por las relaciones de producción.

El contraste entre las dos preguntas parece indicar la dificultad que existe para hacer transacciones entre los discursos que se asumen como propios y los de los otros. Los discursos permiten construir un ideal de sí mismo a partir del cual se generan polarizaciones que, en ocasiones, buscan rendir dividendos políticos: "si la

sociedad me rechaza, me fortalezco en el conflicto con ella". Pero la evidencia histórica muestra que tanto las prácticas de resistencia como las identidades campesinas se han forjado sobre silencios y negociaciones muy complejas que no admiten ni identidades ni imaginarios ideales. Parece entonces que la identidad discursiva no es suficiente en ninguno de los dos bandos para que los imaginarios sobre el campesinado sean más parecidos a la realidad.

7

LOS IMAGINARIOS SIN JUSTICIA

Conclusiones

En los últimos años, el enfoque sobre el desarrollo rural ha buscado apoyarse en un criterio según el cual el campo tiene que verse más allá de lo agrícola, dado que lo rural debe cumplir nuevas funciones como las de equilibrio territorial, equilibrio ecológico, producción de recursos y servicios ambientales, soporte de la calidad de vida y usos agrícolas no alimentarios.

Esas nuevas funciones se apoyan en tres hechos:

- La desagregación de la actividad productiva agropecuaria, una de cuyas manifestaciones es la ampliación de los ingresos extraprediales.
- La ‘revalorización cultural’ de lo rural, que lo muestra como una nueva alternativa espacial de vida.
- La erosión de las viejas estructuras locales de poder, que en lugar de establecer la dicotomía rural-urbano, apuntan a constituir la relación local-global [Bejarano 1998].

OJOS DE LA NUEVA RURALIDAD

En tal perspectiva, el rol fundamental asignado al campesinado es el de *asalariado*, pues se estima el ingreso como la vía más rápida para salir de la pobreza, en una situación en la que la tierra deja de ser un activo importante. Las nuevas funciones de lo rural no requieren de procesos redistributivos de la tierra, en tanto lo agrícola pierde importancia frente a los nuevos usos que se basan en bienes públicos. De esta manera, la institucionalidad que se debe desarrollar no requiere de *propietarios* sino de *propósitos colectivos* que permitan reconstruir redes sociales.

Es esta la nueva ruralidad. En ella, el campesinado requerido es un ‘agente’ capaz de impulsar esquemas y relaciones empresariales y solidarias. La SAC lo expresa afirmando su

convicción de que es preciso rodear a los campesinos de oportunidades, condiciones e incentivos ciertos para lograr su inserción en la corriente de una agricultura empresarial, que permita el impulso de los esquemas de acuerdos entre productores [SAC 1995, 7].

Y deja claro que si las políticas dan un trato favorable al campesinado, ello no redundará en la superación de la marginalidad.

Este es el esquema de las cadenas y alianzas productivas que propone acuerdos entre actores en condiciones desiguales de partida. Quienes lo proponen están presos en la trampa de la modernización de la economía, que les impide reconocer los cambios en la constitución del sujeto campesino, pues estiman que con los recursos a su disposición no ha sido capaz de insertarse en la economía de mercado. Martín Piñeiro lo expresa así:

Un retroceso en las tendencias de modernización y reestructuración del sector agropecuario [...] sería una pérdida de recursos y de tiempo con consecuencias negativas sobre el futuro de la producción agroindustrial y para el desarrollo económico y social de América Latina [Piñeiro y otros 1999].

Y propone en consecuencia acelerar la tercera generación de reformas del Estado, centradas en el desarrollo institucional.

Se encuentra otra vez un campesinado deseado por las políticas a partir de unos intereses específicos que no consultan la trayectoria de las transformaciones de este actor. Es esta la razón por la que se le asignan roles de subordinación. A pesar de las transformaciones de la sociedad rural, no hay una evidencia clara que muestre que las nuevas actividades productivas extraagrícolas tienen una solidez suficiente como para modificar la estructura social y económica del campo, pues la agricultura aún aporta en promedio el 60% de los ingresos, frente a un estable 8% de las actividades industriales. Si no se justifican estos argumentos, mucho menos se justifica la validez de los campesinos imaginados.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agarwala, A. N. y Singh, S. P. 1973. *La economía del subdesarrollo*, Editorial Tecnos, Madrid.
- Alavi, Hamza. 1976. *Las clases campesinas y las lealtades primordiales*, Editorial Anagrama, Barcelona.
- Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, ANUC. 1974. Mensaje a los campesinos de Colombia. Bogotá, 1 de enero de 1973", Comité de Solidaridad con la ANUC [1974].
- Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, ANUC. 1974a. "Conclusiones del encuentro de empresas comunitarias del departamento de Sucre con la participación de los departamentos de la Costa y del interior del país, realizado en el municipio de San Pedro del 16 al 18 de febrero de 1973", Comité de Solidaridad con la ANUC [1974].
- Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, ANUC. 1974b. "La tierra es p'al que la trabaja", Asociación Departamental de Usuarios Campesinos de Antioquia, Comité de Solidaridad con la ANUC [1974].
- Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, ANUC. 1974c. "Plataforma Ideológica", Comité de Solidaridad con la ANUC [1974].
- Barbosa, Reinaldo. 2001. "Imaginario colectivo y crisis de representación: las disputas territoriales en un Estado en entredicho", Archila, M. y Pardo, M. *Movimientos sociales, Estado y democracia en Colombia*, CES-Universidad Nacional, ICAN, Bogotá.
- Barco, Virgilio. 1963. "Palabras del Ministro de Agricultura Virgilio Barco al inaugurar las sesiones del XI Congreso Agrario Nacional", SAC [1986].
- Bejarano, Jesús A. 1998. "El concepto de lo rural: ¿qué hay de nuevo?", SAC, *Revista Nacional de Agricultura*, 922-923, Bogotá.
- Castells, Manuel. 1996. "La era de la información. Economía, sociedad y cultura", Vol. 2, "El poder de la identidad", Alianza Editorial, Barcelona.
- Comité de Solidaridad con la ANUC. 1974. *Documentos de la ANUC*, Editorial La Pulga, Medellín.
- Consejo Nacional Campesino, CNC (sin fecha). *La situación del campo colombiano y el "Plan Colombia*, Bogotá.
- Consejo Nacional Campesino, CNC. 1998. *La aparcería no podrá reemplazar la reforma agraria. Y sin reforma agraria no habrá paz*, Bogotá, octubre.

- Consejo Nacional Campesino, CNC. 1999. *Declaración de las organizaciones integrantes del CNC*, Bogotá, 18 de marzo.
- Cortés, Francisco (sin fecha). *La reforma agraria es fundamental para la paz en Colombia*, Colectivo de Dirección ANUN-UR, Bogotá.
- Crouch, L. y De Janvry, A. 1979. “El debate sobre el campesinado: teoría y significancia política”, *Revista Estudios Rurales Latinoamericanos*, 2, 3, Bogotá.
- Daly, Herman y Cobb, John. 1993. *Para el bien común: reorientando la economía hacia la comunidad, el ambiente y un futuro sostenible*, FCE, México.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas, DANE. Encuestas de ingresos y gastos, varios números.
- Departamento Nacional de Planeación, DNP. 1983. *Cambio con Equidad. Plan de Desarrollo 1983-1986*, DNP, Bogotá.
- Departamento Nacional de Planeación, DNP. 1987. *Así estamos cumpliendo. Plan de Economía Social. Planes y Programas de Desarrollo Económico y Social, 1987-1990*, DNP, Bogotá.
- Departamento Nacional de Planeación, DNP. 1991. *La Revolución Pacífica. Plan de Desarrollo Económico y Social 1990 – 1994*, Bogotá.
- Departamento Nacional de Planeación, DNP. 1995. *El Salto Social. Bases para el Plan Nacional de Desarrollo 1994 – 1998*, Bogotá.
- Departamento Nacional de Planeación, DNP. 1998. *Cambio para Construir la Paz. Plan Nacional de Desarrollo. Bases 1998-2000*, DNP, Bogotá.
- Echenique, Jorge. 1987. “Algunas reflexiones sobre el programa DRI”, Jorge Bustamante, compilador, *Seminario internacional de economía campesina y pobreza rural*, Minagricultura, Fondo DRI, Colombia.
- Escobar, Cristina. 1991. “Organización y participación campesina”, Edelmira Pérez, editora, *El campesinado en Colombia Hoy*, Universidad Javeriana, ECOE Editores, Bogotá.
- Escobar, Juan Camilo. 2000. *Lo imaginario. Entre las ciencias sociales y la historia*, Fondo Editorial Universidad Eafit, Medellín.
- FARC-EP (2001). “La economía campesina, el mercado interno y la soberanía alimentaria”. Apuntes de la Comisión Temática de las FARC-EP en las Audiencias Públicas, Audiencia especial sobre economía campesina, mercado interno y cadenas productivas, 23 de septiembre de 2001, El Caguán. P. 4.
- Feder, Ernest. 1975. “La lucha de clases en el campo. Análisis estructural de la economía latinoamericana. Glosario”, *El Trimestre Económico*, 14, FCE, México.
- Feder, Ernest. 1981. “Campesinistas y descampesinistas. Tres enfoques divergentes (no incompatibles) sobre la destrucción del campesinado”, Antonio García, compilador, *Desarrollo Agrario y América Latina*, El Trimestre Económico No. 41, FCE, México.
- Federación Agraria Nacional, Fanal. Sin fecha. *25 años de FANAL. V Congreso nacional campesino. Conclusiones. 1 a 4 de diciembre de 1970*, Bogotá.

- Forero, Jaime. 1990. *Evaluación general del programa de Desarrollo Rural Integrado - DRI- en Colombia*, Universidad Javeriana, Ministerio de Agricultura, Volumen I, Bogotá.
- Forero, Jaime. 1999. *Economía y sociedad rural en los Andes colombianos*, IER, Universidad Javeriana, Bogotá.
- González, Juan Manuel. 2001. "Una aproximación al estudio de la transformación ecológica del paisaje rural colombiano 1850-1990", Germán Palacio, editor, *Naturaleza en disputa. Ensayos de historia ambiental de Colombia 1850-1995*, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Heath, John. 1987. "Reproducción y diferenciación de la economía campesina: esbozo de un nuevo enfoque y aplicación a tres casos latinoamericanos", *Revista Estudios Rurales Latinoamericanos*, 10, 1, Bogotá.
- Heller, Agnes. 1996. *Una revisión de la teoría de las necesidades*, Paidós, Barcelona.
- Huizer, Gerrit. 1981. "Movimientos de campesinos y campesinas y su reacción ante la depauperación: ¿dialéctica de la liberación?", *Revista Mexicana de Sociología* Año XLIII, Vol XLIII No 1, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México.
- Jaramillo, Bernardo. 1989. "Hacia un frente político amplio", Marta Harnecker, *Entrevista con la Nueva Izquierda. Colombia: a la conquista de las grandes ciudades*, Centro de Documentación y Ediciones Latinoamericanas, Editorial Colombia Nueva, Bogotá.
- Jaramillo, J., Mora, L. 1986. *Colonización, coca y guerrilla*, Universidad Nacional, Bogotá.
- Landsberger, Henry. 1978. "Disturbios campesinos: temas y variaciones", Landsberger, Henry, compilador. *Rebelión campesina y cambio social*, Editorial Crítica, Barcelona.
- Legrand, Catherine. 1988. *Colonización y protesta campesina en Colombia 1850-1950*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Lehmann, David. 1980. "Ni Chayanov ni Lenin: apuntes sobre la teoría de la economía campesina", *Revista Estudios Rurales Latinoamericanos*, 3, 1, Bogotá.
- Llambí, Luis. 1990. "Procesos de transformación del campesinado latinoamericano", Bernal, Fernando, compilador, *El campesinado contemporáneo. Cambios recientes en los países andinos*, Cerec, TM Editores, Bogotá.
- Machado, Absalón y Torres, Jorge. 1987. *El sistema agroalimentario. Una visión integral de la cuestión agraria en América Latina*, CEGA, Siglo XXI, Bogotá.
- Machado, Absalón, compilador. 1984. "El agro y la cuestión social", *Minagricultura 80 años*, TM Editores, Banco Ganadero, Caja Agraria, Vecol, Bogotá...
- Maffei, Eugenio. 1979. "Algunas consideraciones sobre el campesinado minifundista latinoamericano, la agricultura de subsistencia y el concepto de economía campesina", *Revista Estudios Rurales Latinoamericanos*, 2, 1, Bogotá.
- Martínez, Astrid. 1986. *Planes de desarrollo y política agraria en Colombia 1940 - 1978*, CID, Universidad Nacional, Bogotá.
- Mejía, Ana María. 1987. *Ricas y prácticas recetas*, Editorial Jeroglífico, Bogotá.

- Ministerio de Agricultura y Departamento Nacional de Planeación 1990. *El desarrollo agropecuario en Colombia*”, Informe Final, Misión de Estudios del Sector Agropecuario, Bogotá.
- Molano, Alfredo. 1984. “Algunas consideraciones sobre colonización y violencia”, Absalón Machado, compilador, *El agro y la cuestión social*”, Minagricultura 80 años, TM Editores, Banco Ganadero, Caja Agraria, Vecol, Bogotá.
- Múnera, Leopoldo. 1997. *Rupturas y continuidades. Poder y movimiento popular en Colombia 1968-1988*, Iepri, Facultad de Derecho de la Universidad Nacional y Cerec, Bogotá.
- Ortega, Emiliano. 1988. “La agricultura en la óptica de la Cepal”, *Revista de la CEPAL*, 35, Santiago de Chile.
- Piñeiro, Martín y otros. 1999. *La institucionalidad en el sector agropecuario de América Latina. Evaluación y propuestas para una reforma institucional*, Serie de Informes Técnicos del Departamento de Desarrollo Sostenible BID, Washington.
- Quintero, Julio César. 1988. *¿Qué pasó con la tierra prometida?*, Cinep, Bogotá.
- Raymond, Pierre. 1990. *El Lago de Tota ahogado en cebolla*, Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, Universidad Javeriana, Bogotá.
- Rodríguez, Octavio (1980). “La teoría del subdesarrollo de la Cepal”. Siglo XXI, México,
- Romero, Mauricio. 1995. “Transformación rural, violencia política y narcotráfico en Córdoba 1953 - 1991”, *Revista Controversia*, segunda etapa, 167, Cinep, Bogotá.
- Salgado, Carlos y Prada, Esmeralda. 2000. *Campesinado y protesta social en Colombia 1980 – 1995*, Cinep, Bogotá.
- Sen, Amartya. 1995. *Nuevo examen de la desigualdad*”, Alianza Editorial, Madrid.
- Shanin, Teodor. 1979. “El campesinado como factor político”, Shanin, Teodor, compilador (1979), *Campesinos y sociedades campesinas*”, El Trimestre Económico, 29, FCE, México.
- Sociedad de Agricultores de Colombia, SAC. 1986. “El pensamiento de los presidentes de la República sobre el sector agropecuario: 1906-1986”, *Revista Nacional de Agricultura*, 875, Bogotá.
- Sociedad de Agricultores de Colombia, SAC. 1995. “La SAC y los campesinos”, *Revista Nacional de Agricultura*, 910, primer trimestre, Bogotá.
- Sunkel, Octavio y Paz, Pedro. 1976. *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, Siglo XXI, México.
- Tilly, Charles. 1995. “Reflexiones sobre la lucha popular en Gran Bretaña 1758 - 1834”, *Revista Política y Sociedad*, 18, Universidad Complutense, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Madrid.
- Valderrama, Mario y Mondragón, Héctor. 1998. “Desarrollo y equidad con campesinos”, *Misión Rural*, Volumen 2, IICA y TM Editores, Bogotá.